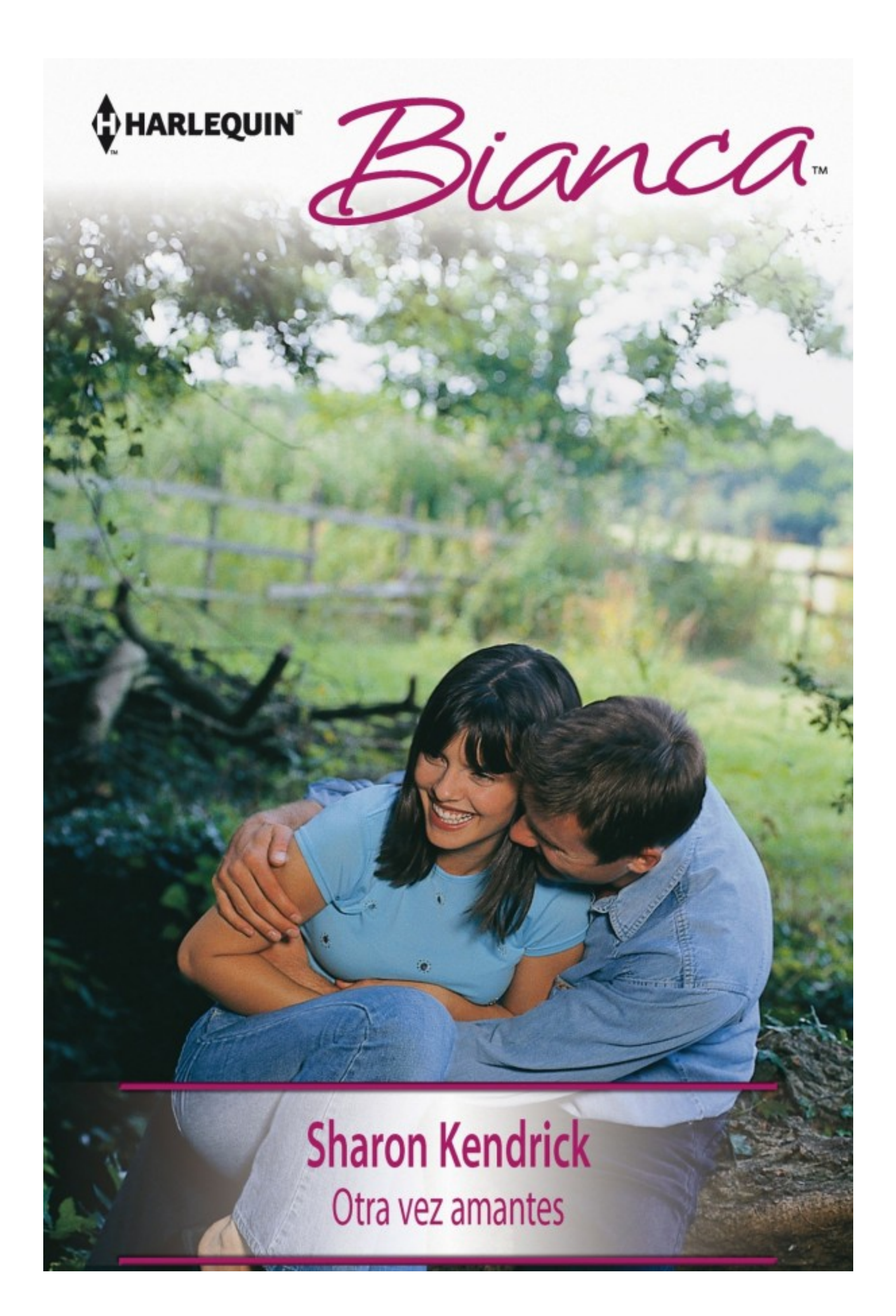

HARLEQUIN
Bianca
Sharon Kendrick
Otra vez amantes

Editado por Harlequin Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Otra vez amantes, n.º 1336 - agosto 2014
Título original: The Mistress's Child
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-4657-9
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Sumário

Capítulo 1

Cuando Philip entró en la oficina, todos los sueños y las pesadillas de Lisi se hicieron realidad. Se sintió mareada y enferma, pero supuso que solo era un efecto de la repentina aceleración de su pulso.

Hasta aquel instante el día había sido perfecto; era su última tarde de trabajo antes de las vacaciones de Navidad. Había estado pensando en los arreglos de la fiesta de cumpleaños de Tim, que se celebraba al día siguiente, y preguntándose como todo el mundo cuándo dejaría de nevar.

Observó los elegantes y duros rasgos del recién llegado, y sus dedos, hasta entonces ocupados en el teclado del ordenador, se quedaron quietos. Todo en ella se detuvo; su corazón, su cuerpo y su alma. Durante un largo e inacabable momento sus miradas se encontraron y Lisi pensó en la posibilidad de decir algo, pero era incapaz de pronunciar palabra alguna.

Philip seguía tan devastador como siempre, pero estaba más delgado y el elegante abrigo que llevaba no ocultaba su dura musculatura.

El instinto le decía que debía levantarse y preguntar qué estaba haciendo allí, cómo se atrevía a aparecer después de haberle roto el corazón, pero se jugaba demasiado y sabía que no podía permitirse el lujo de escuchar la voz de su instinto.

—Hola, Philip —dijo al final, con más tranquilidad de la que sentía.

El sonido de su voz baja y rasgada sorprendió a Philip y hundió todas sus defensas. La maldijo y recordó sus suaves y blancas piernas cerradas alrededor de su cuerpo, mientras él entraba más y más dentro de ella, incapaz de poder controlarse.

Se sintió como si acabara de volver a la vida. Había pasado años en un vacío emocional y físico, pero Lisi había conseguido destrozar su helada indiferencia con el sencillo acto de pronunciar su nombre. La boca de Philip, normalmente sensual y exuberante, aparecía

ahora fina y seria.

—Vaya, por un momento he pensado que no te acordarías de mí —bromeó él.

Lisi pensó que se habría acordado de él incluso estando muerta, aunque no hubiera tenido una prueba, viva, que le recordaba a Philip todos los días. Se mantuvo impasible, pero en realidad estudió con intensidad cada uno de los detalles de su cara, buscando alguna similitud con su hijo. Sin embargo, no las encontró. Philip era de piel ligeramente morena, a diferencia de Tim, y los ojos azules del chico palidecían ante el maravilloso color esmeralda de su padre.

Al pensar en Tim, su corazón se aceleró. La aparición de Philip era tan extraña que temió que lo supiera. Pero no podía saberlo, no debía saberlo.

—Por supuesto que te recuerdo —afirmó, con tanta calma como pudo—. Siempre recuerdo...

—¿A todos los hombres con los que te acuestas? —la interrumpió.

Lisi se ruborizó, indignada por el comentario, y tuvo que hacer un esfuerzo para no recordarle que aquello estaba completamente fuera de lugar, que de hecho él no había querido acostarse con ella. Pero no quería hablar de su relación pasada, así que decidió cambiar de tema y averiguar, de una vez por todas, lo que pretendía.

—No. Iba a decir que siempre recuerdo a los clientes de esta empresa, sobre todo si están tan relacionados con ella como tú lo estuviste. Hicimos un gran negocio contigo, señor Caprice. Vendimos muchas propiedades gracias a ti.

Philip se sorprendió un poco al observar que recordaba su apellido, aunque no sabía si debía sentirse halagado por ello. Hasta entonces sospechaba que solamente había sido un hombre más en la larga lista de hombres de Lisi y en consecuencia creía que no se acordaría de un detalle así. Pero por otra parte, se dijo que él mismo la había recordado, día tras día, durante los años transcurridos. Había intentando olvidarla, sin éxito, y pensó que había llegado el momento de poner fin a aquella situación.

La observó con atención. El paso del tiempo no parecía haberla afectado, y mucho menos a su cara, la más bella que había

contemplado jamás. No se maquillaba, y eso le daba un aire de pureza que contrastaba abiertamente con un innata sensualidad.

Sus ojos azules, almendrados y como de sirena, seguían adornados por unas enormes pestañas tan oscuras como su cabello negro, de color ébano. Philip pensó que parecía una bruja, una tan tentadora y con un cuerpo tan hermoso que cualquier hombre la habría confundido con el paraíso. Llevaba puesta una falda y una blusa de cuello alto sin demasiado estilo, como si no quisiera llamar la atención, pero bastó que se inclinara hacia atrás para que su vista se clavara en sus inolvidables senos, que parecían ligeramente más grandes, y en su estrecha cintura.

Lisi deseó que no la mirara de aquel modo. Recordó la atracción que había sentido por él y el posterior rechazo. Le habría gustado decirle que se marchara, pero no era hombre al que se pudiera presionar; si quería quitárselo de encima, tendría que actuar de otro modo.

—¿Y bien? ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó ella.

—¿Eso es una oferta? Suena irresistible.

—Gracias.

—¿Le dices eso a todos los hombres?

—La mayoría son lo suficientemente maduros como para saber lo que quiere decir esa frase —respondió, con frialdad—. ¿Estás interesado en comprar alguna propiedad?

—Deja esa actitud tan seria conmigo, Lisi. Tenemos una relación muy cercana y no viene a cuento.

—Tuvimos una relación muy cercana —corrigió ella.

Philip miró a su alrededor. En una de las esquinas del despacho había un árbol de Navidad. Lo disgustaba aquella época; era demasiado comercial, y además aquellas iban a ser sus primeras Navidades en Inglaterra en mucho tiempo. Había estado viviendo en Oriente Medio y justo entonces se dio cuenta de que la lejanía le había servido como defensa para no pensar en las cosas que lo disgustaban. Y las Navidades le recordaban el remordimiento, el deseo, el dolor, la pérdida.

Miró las manos de Lisi y notó que no llevaba anillo de casada. Naturalmente, aquello no significaba en absoluto que no estuviera viviendo o saliendo con alguien, pero en cualquier caso eso no habría evitado que hiciera lo que pretendía hacer.

Se sentó en una butaca, al otro lado del escritorio de la mujer, y volvió a observarla. Por el gesto de su boca, supo que todavía lo deseaba. A pesar de todo, lo deseaba.

—Debo confesarte que me sorprende que sigas trabajando aquí —afirmó.

—Resulta que me gusta vender casas.

—Sí, ya lo imagino.

Philip nunca había dudado de su habilidad profesional. Era tan buena en lo que hacía que precisamente por ello siempre había regresado a la pequeña localidad inglesa para gestionar las ventas de mansiones para ricos. Al principio las realizaban a través de Jonathan, el dueño de la empresa, pero en poco tiempo Lisi había pasado a dirigir ese aspecto del negocio.

En realidad, casi esperaba no encontrarla allí. Había imaginado que para entonces ya habría abierto su propia empresa, y encontrarla en el mismo despacho, en la misma oficina, resultaba desconcertante. Era como si el tiempo no hubiera pasado.

—La mayoría de las personas se habrían marchado ya, en busca de algo más interesante —continuó él.

—Tal vez, pero yo no.

—¿Por qué no? —preguntó, mirándola fijamente.

Lisi no apartó la mirada.

—¿Tanto te importa mi vida laboral?

—Solo es curiosidad. La vida de mis ex amantes siempre me interesa.

—Me gusta mi trabajo. Es conveniente para mí y además está en el mismo lugar donde vivo. ¿Qué sentido tendría que buscara otro empleo, a kilómetros de distancia, cuando este lo tengo junto a mi casa?

—Supongo que tienes razón.

A pesar de su respuesta, Philip no entendía que siendo tan joven y bella deseara vivir en un lugar con tan poca vida social como aquel pueblo. Pero sonrió y decidió relajar un poco la conversación.

—Bueno, a fin de cuentas Langley es una localidad preciosa —añadió.

Lisi se sentía cada vez más incómoda. Su proximidad la estremecía, y para empeorar las cosas, era evidente por su mirada que él también recordaba la pasión que habían compartido.

—Todavía no me has dicho qué puedo hacer por ti.

Philip entrecerró los ojos. Esperaba que Lisi actuara con más indignación, tal vez más enfadada, sobre todo después del modo en que se había despedido de ella. Pero en lugar de enfadarse, parecía nerviosa e insegura. Era evidente que había pasado algo por alto.

—¿Crees que he venido por negocios, o por placer?

—Espero que por lo primero, porque la atmósfera que se respira entre nosotros no resulta nada placentera.

—Entonces, tal vez deberíamos hacer algo al respecto.

—¿Como poner más distancia de por medio?

—No exactamente —respondió él, recostándose en la butaca—. ¿Te gustaría tomar algo conmigo cuando salgas de trabajar?

La audacia de la pregunta sorprendió a Lisi. Durante mucho tiempo había estado esperando que le propusiera algo así, pero entonces todavía creía que lo sucedido entre ellos había sido un enorme malentendido y que había una explicación perfectamente razonable para el comportamiento de Philip. Por desgracia, sus esperanzas se habían derrumbado muy pronto.

—No me parece una buena idea. Además, dudo que le gustara mucho a tu esposa. ¿O es que ya se ha acostumbrado a tus infidelidades?

Philip se puso muy tenso, aunque sabía que sacaría ese tema más tarde o más temprano.

—Ella no lo sabría.

—Ah, así que al final se cansó de ti. ¿Qué ocurrió? ¿Te pidió el divorcio después de lo nuestro, o es que hubo otras? Sí, supongo que habría otras. Sería estúpido pensar que fui especial para ti.

—No nos divorciamos, Lisi —explicó con frialdad—. Ella... murió.

La repentina confesión de Philip la dejó sin palabras. No sabía qué decir y en tales circunstancias ni siquiera podía interesarse demasiado por lo sucedido.

—Lo siento...

—No lo sientes, no mientas. Nunca te gustó.

—Es difícil que no me gustara cuando ni siquiera la conocí. Porque de haber sabido que existía, yo...

—¿Qué habrías hecho? —la interrumpió—. ¿Intentas decir que de haber sabido que estaba casado no te habrías acostado conmigo?

—No, desde luego que no.

—¿Estás segura, Lisi?

Lisi apartó la mirada. No estaba segura. Lo único que sabía era que Philip Caprice poseía la extraña habilidad de transformarla en una criatura sensual y salvaje que apenas reconocía y que no le gustaba.

—Márchate —respondió, en voz baja—. Por favor, Philip, vete. No hay nada que decir, y aunque lo hubiera, no podemos hablar de eso aquí.

—Lo sé —dijo, inclinándose hacia delante—. Así que ¿por qué no tomamos algo más tarde y hablamos de los viejos tiempos? ¿No sientes curiosidad por comparar cómo nos ha tratado la vida a cada uno en estos años?

—No lo creo.

—Vamos, Lisi, ¿qué puedes perder?

Lisi movió la cabeza en gesto negativo.

—Tengo cosas que hacer después de trabajar.

—Entonces, podríamos vernos mañana por la noche.

—Estaré ocupada.

—¿Quieres decir que tienes una cita?

Lisi lo miró con detenimiento y tomó una decisión. Había creído que si se comportaba de forma educada con él conseguiría controlar la situación y que Philip se marcharía de nuevo, pero se había equivocado. Así que se levantó de repente y exclamó:

—¡No sé cómo te atreves a preguntar algo así! Mi vida personal no es asunto tuyo, Philip.

La energía que irradiaban los ojos de Lisi lo excitó. Se levantó de la butaca, a su vez, y la observó. A su lado, la mujer parecía pequeña y frágil.

—Como iba diciendo, siento curiosidad por la vida de mis ex amantes.

El corazón de Lisi se había acelerado por la indignación, pero también por algo más amenazador: por el deseo.

—No creo que nuestra pequeña aventura me coloque en una categoría tan halagadora como la de tus ex amantes —dijo con ironía.

—Si el término te molesta, ¿cómo preferirías que te llamara, Lisi?

—Preferiría que no me llamaras de ninguna forma. De hecho, me gustaría que te marcharas por donde has venido. Además, ¿qué haces aquí? ¿Sinceramente crees que puedes presentarte de improviso y retomar las cosas donde las dejamos?

—¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que retomemos nuestra relación?

Lisi contempló los duros rasgos de Philip y deseó, como tantas otras veces, haber tenido algo más que una sola noche de él. Pero entonces recordó que le había dejado algo muy importante, y que él no debía averiguarlo.

—Superé mi fase masoquista hace tiempo —respondió, mientras miraba su reloj—. Y ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer.

Philip sintió el irrefrenable impulso de besarla. No había sentido tal descarga de deseo en mucho tiempo y estaba a punto de perder el control de su propio cuerpo.

—No parece que estés muy ocupada.

Lisi lo miró con asombro al ver que avanzaba hacia ella, mirándola con suma intensidad.

—¿Philip?

—Contéstame a una cosa —declaró él.

—¿A qué?

—¿Hay algún hombre en tu vida? ¿Un marido, o un novio o algún amante con quien lleves mucho tiempo?

Lisi no pudo resistirse y respondió la verdad.

—No, ninguno.

Entonces, Philip la miró durante unos segundos y acto seguido la tomó entre sus brazos. Lisi quiso apartarlo, pero no lo hizo. Pensó que era como una mariposa antes de ser ensartada por el alfiler de un coleccionista. Con la única diferencia de que Philip no le causaría dolor, sino un profundo placer.

—¿Qué se supone que estás haciendo? —preguntó ella, sin aliento.

—Lo sabes de sobra. Quieres que te bese. Lo sabes. Quieres que lo haga. Siempre lo has deseado, ¿verdad?

La arrogancia de Philip terminó por dejarla sin respiración, pero aún realizó un último intento.

—¡Márchate de aquí! Estamos en mi maldito despacho y...

Lisi no terminó la frase. Precisamente en aquel instante sonó la

campanilla de la entrada y apareció Marian Reece, su jefa y dueña de Homefinders. Al verlos, los miró con interés.

—Hola, Lisi. Espero no interrumpir nada.

Lisi se apartó de Philip, sin saber siquiera qué habría pasado si la hubiera besado.

—Hola, Marian —dijo, mientras intentaba recobrarse—. Te presento a Philip Caprice. Estábamos...

—Renovando nuestra amistad —explicó Philip.

Philip estrechó la mano de la recién llegada y sonrió con aquella sonrisa que muy pocas mujeres eran capaces de resistir. Pero Marian Reece era distinta.

Lisi conocía a la ejecutiva de cuarenta y cinco años desde que había comprado la agencia inmobiliaria, dos años antes. Su jefa le gustaba, pero eran muy distintas. La vida de Marian no se parecía nada a la vida de una madre soltera como ella.

—Lisi y yo somos viejos amigos —explicó Philip.

—¿En serio? Bueno, tal vez os parezca algo anticuada, pero ¿no os parece que hay cosas que es mejor dejarlas para después del trabajo?

—Por supuesto —respondió Lisi—. Y de hecho, Philip estaba a punto de marcharse.

—Por desgracia, sí, tengo cosas que hacer. Pero volveré mañana.

—¿Mañana? —preguntó Lisi, con debilidad.

—Por supuesto. No habrás olvidado que vas a venderme una casa, ¿verdad?

Lisi lo miró con confusión. Philip no había mencionado nada sobre una casa.

—¿Una casa?

—Claro, he venido por eso. Estoy buscando una casa para pasar los fines de semana.

—Ah, ¿estás buscando residencia para alguna otra persona? —preguntó, esperanzada.

—Siento decepcionarte, cariño, pero es para mí.

—¿Para ti? ¿Piensas vivir aquí?

—Claro, por qué no. Conozco la zona. Es muy hermosa y está bien comunicada con Londres. Es un lugar perfecto.

—¿Tú crees?

En aquel momento intervino Marian.

—Estaremos encantadas de buscar lo que necesitas. Puedo buscarlo personalmente, si quieres.

—Oh, no, gracias. Me alegra tener la ocasión de volver a tratar con Lisi.

Philip se comportó de un modo encantador con Marian hasta que se despidió. Entonces, estrechó la mano de Lisi durante unos segundos más de lo necesario y la miró.

—Adiós, Lisi, hasta mañana.

—Adiós, Philip.

Su antiguo amante se marchó entonces, dejándola en un estado de absoluta confusión. Sorprendentemente, Marian la miró con simpatía y preguntó con dulzura:

—¿Cuándo vas a decírselo?

Lisi se quedó helada.

—¿Decirle qué?

—La verdad, por supuesto —respondió—. Es el padre de tu hijo, ¿no es cierto?

Capítulo 2

Lisi la miró, asombrada. Se sentía débil y sus piernas apenas podían sostenerla.

—¡No es posible que sepas eso! ¡Tim no se parece nada a él!

Marian la llevó a una silla y le sirvió un vaso de agua para que se tranquilizara.

—Siéntate y tómate esto. Estás más pálida que de costumbre.

Lisi se sentó, bebió un poco y repitió con obstinación:

—No se parece a Philip.

—Tim es tu viva imagen, pero eso no quiere decir que no haya heredado algunas de las características de su padre. A veces las madres se ciegan y solo ven lo que quieren ver. A veces, las cosas se ven mejor desde fuera. Te aseguro que he sabido que Philip era el padre de Tim en cuanto lo he visto.

—¿Pero cómo?

Marian suspiró.

—Tim tiene la altura y la fortaleza de Philip, por no mencionar cierta expresión de su cara.

—¿Hay algo más? —preguntó, asustada.

—Bueno, nunca había visto que te comportaras así con ningún otro hombre...

—¿Te refieres a que me estaba abrazando?

—¿Abrazándote? Yo no lo definiría así. Daba la impresión de que quería devorarte, y de que tú sentías lo mismo por él. Como si fuera el único hombre del mundo. Supongo que la vuestra fue una relación muy apasionada, pero dime: ¿cuándo vas a decírselo?

—Nunca, no voy a decírselo.

—Oh, Lisi, ¿sinceramente crees que es una buena idea?

Lisi negó con la cabeza.

—Sé que no es lo mejor, pero es lo único que puedo hacer.

—¿Por qué? ¿Por qué no se lo dices? ¿No crees que tiene derecho a saber que tiene un hijo?

—¿Derecho? —preguntó, mirando a su jefa.

Lisi no podía contar a Marian toda la historia, pero pensó que podía contarle un fragmento para que tuviera más conocimiento de causa.

—Marian, él me abandonó. Dejó bien claro que aquella noche había sido un error y que no quería volver a saber nada de mí.

—¿Aquella noche? ¿Eso fue todo, una noche? ¿Solo una?

Lisi asintió.

—En efecto, aunque no fue algo repentino. Nos veíamos desde hacía meses y entonces creí que nos conocíamos un poco. Pero ahora me doy cuenta de que no era así.

—En cualquier caso, es hora de que le cuentes la verdad, ocurriera lo que ocurriera entre vosotros. Tengo hijos, Lisi, y sé que los niños necesitan un padre, si es posible. Necesitan conocer sus raíces y su procedencia.

Lisi suspiró.

—Tal vez se lo diría si mostrara algún interés por querer ser padre, pero no podría decírselo así, sin más. ¿Imaginas las consecuencias que eso tendría? Exigiría ver a Tim, incluso llevárselo de vez en cuando. Y Tim ni siquiera lo conoce.

—Pero estoy segura de que hay más personas que lo saben, ¿verdad?

Lisa volvió a negar con la cabeza. Nadie salvo su madre lo sabía, e incluso así, se lo había confesado en su lecho de muerte. En cuanto a su mejor amiga, Rachel, siempre se había negado a decirle el nombre del padre de Tim.

—No, nadie lo sabe. Excepto tú, claro está.

—No te preocupes, no voy a contárselo. Pero ¿qué ocurrirá si lo averigua?

—No lo averiguará.

—Tiene intención de comprar una casa aquí, y esta es una localidad muy pequeña. Hay muchas posibilidades de que sume dos y dos y llegue a la conclusión correcta.

—Tal vez no encuentre ninguna casa que le guste —declaró.

—De eso nada, Lisi. Esto es una cuestión de negocios. Si un cliente, sea quien sea, quiere comprar una casa, nosotras se la encontramos. Y punto. No voy a permitir que perjudiques a la empresa por problemas personales, y mucho menos cuando pienso que estás cometiendo un error. Tienes que tomar una decisión antes

de que Tim crezca más.

—Tú no sabes cómo me siento.

—Desde luego, pero deberías recapacitar. Mira, ¿por qué no te tomas libre el resto de la tarde? En tu estado, dudo mucho que puedas trabajar. Peter volverá pronto, y además no tenemos muchos clientes en esta época del año. Pero piensa en lo que te he dicho. Consúltalo con la almohada. A largo plazo, tal vez sea mejor que seas sincera y le cuentes a Philip la verdad.

Lisi se quitó los zapatos que utilizaba para trabajar y se calzó las botas que siempre llevaba cuando hacía mal tiempo. Se sentía desorientada y perdida, y no únicamente por la inesperada aparición de Philip. Tim estaría en la guardería hasta las cuatro, o que significaba que tenía dos horas libres por delante y no sabía qué hacer con ellas.

No quería volver a casa. Si lo hacía, realizaría cualquiera de las múltiples tareas domésticas que le aguardaban y comenzaría a pensar en su antiguo amante. Así que cuando salió del despacho se subió el cuello del abrigo y caminó hacia la calle principal, dejando a un lado la laguna de los patos.

En Inglaterra anochecía muy pronto y el cielo ya empezaba a oscurecer. La brisa golpeaba sus mejillas y los pequeños copos de nieve se derretían en su rostro como lágrimas de hielo.

Las previsiones meteorológicas habían sido hasta aquel día su única preocupación. Habían anunciado unas Navidades blancas, y Lisi esperaba que fuera así porque su hijo podría ver su primera nevada en una época tan especial para los niños como aquella. Pero ahora estaba más preocupada por la presencia de Philip, sobre todo si realmente tenía intención de quedarse a vivir en la localidad.

Unos segundos más tarde, sintió que la seguían. Conocía el pueblo como la palma de su mano y nunca había sentido ningún miedo, pero en aquel momento lo sintió. Sin embargo, era un miedo muy especial. Un sexto sentido le dijo que la persona que la seguía no era ningún desconocido.

Se detuvo, se giró en redondo y se encontró cara a cara con Philip. Al verlo, sintió un intenso deseo, pero eso era lo último que necesitaba.

—¿Siempre sigues a la gente al anochecer? —preguntó.

Philip sonrió.

—A veces. En mi último empleo aprendí a ser sigiloso.

—¿Y qué tipo de trabajo era?

Philip no respondió de inmediato. No estaba seguro de querer compartir con ella ciertos aspectos de su pasado. Además, no podía explicarle con un par de frases y en medio de una ventisca todo lo relativo a su papel como emisario de un príncipe de Oriente Medio.

—Puede que algún día te lo cuente.

—¿Qué haces aquí realmente, Philip? ¿Qué te ha traído a Langley después de tanto tiempo?

Philip no sabía qué contestar. Algo lo había empujado a regresar, algo que lo incomodaba y que le quitaba el sueño. Últimamente había estado soñando con ella, pero no eran sueños eróticos, sino recuerdos vagos de la dulce relación que habían mantenido.

En parte, se había preguntado si al verla sentiría el mismo deseo, y desde luego no podía negar que la deseaba tanto como al principio. Había estado con muchas otras mujeres, algunas de las cuales eran bellas e inteligentes que solo un idiota habría rechazado. Pero tal vez era idiota. O tal vez fuera que su corazón seguía estando con Lisi.

La miró a los ojos. Estaba pálida, como el primer rayo de luna que iluminó el cielo.

—Puede que solo haya venido para volver a verte —respondió al fin.

—¿Para qué? ¿Para acostarte otra vez conmigo?

—Creo que conoces la respuesta a esa pregunta.

—¿Y realmente crees que he estado aquí, sola, esperando a que regresaras y me dijeras algo como eso? —preguntó con ironía.

—No lo sé, pero no te estoy mintiendo, Lisi.

—No, ya lo sé, tú no mientes. Te limitas a no decir toda la verdad. Por ejemplo, olvidaste comentar que estabas casado cuando me sedujiste.

—¿Que yo te seduje? —preguntó, divertido—. Haces que suene como si fuera un melodrama victoriano. Entre nosotros no hubo un malvado seductor que se aprovechó de una inocente dama. ¿No crees, Lisi? Yo diría que fue más bien al contrario. Te metiste desnuda en mi cama. Sabías lo que querías y lo que estabas haciendo, así que no te hagas la inocente. Aquella noche me

mantuviste muy ocupado, y de un modo imposible si no se tiene cierta experiencia.

Lisi pensó que debía sentirse ofendida por sus palabras, pero en lugar de eso, su pulso se aceleró y deseó arrojarse entre sus brazos. Sin embargo, ya se había comportado como una tonta con él en el pasado, y no tenía intención de volver a cometer el mismo error.

—Creo que deberías recapacitar sobre mí. Por una parte, pareces despreciarme por tener experiencia. Y por otra, pareces incapaz de olvidar lo sucedido.

—¿Y tú? ¿Has podido olvidarlo tú, Lisi?

Lisi no había podido olvidarlo, pero no se lo dijo. Pensó en las palabras de Marian y se preguntó qué pasaría si le hablaba sobre Tim y destrozaba sus vidas.

—¿Qué le ocurrió a tu esposa, Philip? —preguntó de repente.

El súbito cambio de conversación sorprendió al hombre.

—Tuvo un accidente en una autopista —respondió.

—¿Murió... al instante?

—No —respondió con frialdad—. Escucha, si quieres que hablemos, ¿por qué no vamos a algún lugar más cálido?

—Dudo que tenga sentido que hablemos. Además, ¿es que hay algo más que añadir?

—No sé, tal vez tengas razón. ¿Cómo podemos hablar cuando entre nosotros siempre está presente esta loca atracción...? Aún me deseas, Lisi, lo leo en tu rostro.

Philip se aproximó a ella y la tomó entre sus brazos.

—No sigas...

Su antiguo amante acarició una de las mejillas de Lisi.

—Estás helada —murmuró, con voz ronca.

—Philip...

Lisi se rindió en aquel instante. Sin darse cuenta siquiera, pasó los brazos alrededor de su cuello y un segundo después se besaron. Incluso a través de la ropa, Philip pudo sentir los senos de la mujer contra su pecho y se sintió arrastrado por el deseo.

—Oh, Lisi...

Durante un largo minuto, Lisi se dejó llevar por el hechizo. Lo besó apasionadamente y acarició su cabello rizado. Pero entonces recordó que aquello no tenía ningún futuro y se apartó de él.

—¿De verdad pensabas que sería tan sencillo, Philip?

—Bueno, no se puede decir que estuvieras tan lejos de capitular…

—Es posible que haya tenido un momento de debilidad, pero te aseguro que no tengo intención de permitir que me trates como si fuera una chica a la que acabas de conocer en una fiesta.

—Lisi, realmente creo que tenemos que hablar. Pero no ahora, ni aquí.

—No creo que hablar sea lo que pretendas. Así que no disfraces con excusas una sensación tan sencilla como el deseo.

—¿Una sensación tan sencilla? ¿Te parece que el deseo es sencillo?

—Para algunos, sí. A veces, la gente se conoce y se enamora sin más.

—Ya, y viven felices para siempre —comentó con ironía—. Mira, soy un poco mayor para creer a estas alturas en cuentos de hadas. Y me temo que tú también.

—Me voy a casa, Philip. No quiero hablar contigo.

—Está bien, te acompañaré.

—¡No, no me acompañarás! —protestó.

—No voy a permitir que vuelvas sola a casa.

—Por Dios, Philip, estamos en el siglo veintiuno. ¿Crees que no soy capaz de arreglármelas sola, sin la ayuda de un caballero de brillante armadura? Langley es un lugar muy seguro. ¿Por qué crees que he seguido aquí?

—No lo sé, Lisi. Me extraña mucho, a decir verdad. Hay algo que no encaja.

—¿A qué te refieres? —preguntó con nerviosismo.

—Me refiero a ti, sentada tras el mismo escritorio de la misma agencia. ¿Qué tipo de existencia es esa? ¿A qué estás jugando? ¿Pretendes envejecer aquí, sola, y dejar que la vida pase a tu lado?

De repente, Lisi se imaginó aquel futuro. Se imaginó anciana, con su largo pelo gris, cansada tras un día de trabajo en casa, con poco dinero y sin ni siquiera la compañía de su hijo, que ya se habría marchado años atrás. Le pareció tan triste que a punto estuvo de derramar una lágrima.

—No pienso quedarme aquí y permitir que me insultes. ¿Por qué no te marchas de una vez, Philip? Regresa al lugar de donde hayas salido y déjame en paz.

Philip sonrió con ironía y pensó que ojalá fuera tan fácil, pero dejó que se marchara sin intentar detenerla. Con la nieve y el barro, Lisi avanzaba torpe y lentamente; sin embargo, él permaneció allí, mirándola, hasta que desapareció en el camino.

Capítulo 3

Lisi corrió y corrió como si Philip estuviera a punto de atraparla. Y en parte, deseaba que lo hiciera.

Cuando llegó al pueblo y comprendió que no la seguía, se tranquilizó y comenzó a caminar con normalidad. No quería alarmar a nadie.

Su casa se encontraba en una pequeña colina, a tres manzanas de distancia de la zona de las tiendas. Cuando llegó, introdujo la llave en la cerradura de la puerta azul y se apresuró a entrar. Era un lugar pequeño, pero cómodo y perfecto para Tim y ella. Lisi la había comprado cuando su madre vendió su mansión, una casa gigantesca y destartalada que habría costado una fortuna solo en mantenimiento y reparaciones.

Corrió las cortinas y encendió las lámparas del salón. Decidió que más tarde, cuando fuera a buscar a su hijo, encendería un fuego en la chimenea y jugaría con el pequeño para olvidar lo sucedido.

Necesitaba tomarse una copa, pero en lugar de eso se preparó un té, se sentó en el sofá y miró el calendario que había sobre la repisa de la chimenea. Solo faltaban siete días para Navidad, y solo uno para el cumpleaños de Tim. Le pareció una burla del destino que Philip hubiera aparecido precisamente en aquel momento.

Su relación había comenzado de un modo inocente, aunque más tarde se preguntó si era posible que existiera algún tipo de inocencia entre hombres y mujeres. Las primeras veces que se habían visto, Philip no había mostrado el menor interés por ella, pero Lisi sabía exactamente quién era. El rico, inteligente y enigmático Philip Caprice, dueño de una agencia inmobiliaria del norte de Londres que se dedicaba a vender mansiones a multimillonarios, aristócratas y estrellas de cine.

En aquella época, Philip siempre trataba de negocios con Jonathan. Ella solo llevaba seis meses en el puesto y aún estaba aprendiendo. Jonathan dejó que practicara con los clientes menos importantes, pero se reservaba las negociaciones con Philip Caprice.

Entonces, al día siguiente de que Lisi cumpliera veintidós años, Philip apareció en la oficina. Jonathan había salido a comer y Saul Miller, su compañero de trabajo, se encontraba valorando una propiedad que pensaban sacar pronto al mercado.

Ya había terminado todo el trabajo y estaba contenta. Llevaba puesto el jersey de cachemir azul que le había regalado su madre el día anterior y se había recogido el cabello en una coleta.

Al verlo con su elegante traje y su cabello oscuro algo revuelto por el viento, se estremeció. Durante unos segundos, se quedó sin palabras. Parecía llenar el espacio con su presencia.

—Buenos días, señor Caprice —dijo.

—¿Está Jonathan?

—No, aún no ha regresado, aunque no creo que tarde mucho. No lo esperábamos hasta más tarde…

—No había tráfico y me he adelantado, pero no importa, esperaré.

Lisi lo observó y pensó que parecía muy cansado, como si no hubiera dormido en toda la noche. Así que dijo lo primero que se le vino a la cabeza e hizo un gesto hacia su escritorio.

—¿Quiere un poco de tarta de cumpleaños?

—¿Tarta de cumpleaños? ¿De quién? ¿De usted?

Lisi asintió.

—Sí. La tarta está muy buena, aunque es algo pesada. Claro que se supone que las tartas de cumpleaños deben ser pesadas, ¿no le parece?

—Por supuesto. Muéstreme a un hombre que afirme que no le gustan las tartas de cumpleaños, y le mostraré a un mentiroso.

—En tal caso, le serviré un poco.

—Claro, por qué no…

Lisi le sirvió un pedazo en un plato y Philip se sentó al otro lado del escritorio. La joven lo observó con detenimiento. Parecía evidente que tenía hambre y a punto estuvo de invitarlo a comer a su casa, para que su madre le cocinara algo decente. Pero era un cliente y no dijo nada.

—Si quiere, puedo enseñarle las propiedades que ha elegido Jonathan para usted. La lista está aquí.

Lisi sacó la lista de un cajón y se la dio.

—Gracias.

—Supongo que Jonathan llegará en cualquier momento, pero si quiere que se las enseñe yo misma... Sé que tengo relativamente poca experiencia. Sin embargo, estaría encantada.

—Se lo agradezco, pero su jefe me conoce y sabe lo que me gusta. Tal vez en otra ocasión.

Lisi se ruborizó, y más tarde, cuando Philip ya se había marchado y Jonathan estaba de vuelta, se decidió a preguntarle por él.

—Parece muy agradable...

—¿Agradable? Todo lo contrario. Pero eso sí, no hay duda de que es un genio regateando y bajando los precios.

—Tal vez sea porque es un buen profesional.

—¿Quieres decir que yo no lo soy?

—No, claro que no. Pero de todas formas, al final has conseguido un precio similar al que esperabas...

—Es cierto. Aunque podríamos haber conseguido todo lo que esperábamos si Philip no hubiera convencido a la vendedora de que sus compradores estaban desesperados por adquirir la casa.

—Pensaba que no debíamos permitir que las personas que quieren vender sus casas negocien directamente con los compradores...

—Es verdad, pero en este caso el vendedor era una mujer. En cuanto lo vio, lo invitó a ver la casa, terminó comiendo en su mano y finalmente aceptó un precio de venta inferior al que habíamos recomendado.

—¿Cómo es él? Me refiero a qué clase de persona es.

—Quién sabe. Es muy reservado. Hace años que trato con él y sigo sin saber nada de su vida.

Tras aquella conversación, Lisi no volvió a pensar en él. Hasta que volvió a aparecer en la oficina.

Jonathan estaba haciendo fotocopias en la parte de atrás, y Lisi frunció el ceño al notar la obvia tensión del recién llegado. Parecía que trabajaba demasiado.

—Hola, señor Caprice...

—¿No te parece que deberíamos tutearnos a estas alturas? Sobre todo después de que me ofrecieras tarta de cumpleaños la última vez. Sin embargo, no sé cómo te llamas.

—Lisi. Bueno, es un diminutivo. En realidad me llamo Elizabeth

Vaughan.

—Y dime, ¿vas a acompañarme hoy a ver casas, Lisi?

—¿Está seguro de que quiere que lo haga? —preguntó, nerviosa.

—Solo si te sientes con fuerzas...

—¡Por supuesto que sí! —exclamó, con alegría—. Siempre que a Jonathan no le importe...

—Seguro que no.

Jonathan era inteligente y cuando apareció no se atrevió a llevarle la contraria a su principal cliente. Pero la jornada fue un fracaso, al menos desde el punto de vista de los negocios. Cuando terminaron, Philip la llevó de vuelta a la oficina.

—Es increíble que se atrevan a pedir tanto dinero por lugares tan destartalados.

—Entonces, ¿no te han gustado? —preguntó ella.

—Desde luego que no. Pero tú has estado bien, Lisi.

—¿En serio?

—Sí, eres una gran profesional.

—Es una pena que no te interese ninguna otra propiedad. Pero estaré atenta por si surge la casa de tus sueños.

—¿Crees que existe tal cosa?

—Desde luego —respondió con una sonrisa—. Seguro que sí.

Philip también sonrió, pero la sonrisa desapareció de sus labios cuando su mirada se posó en las preciosas piernas de la joven. Cuando llegaron a la oficina, se sintió muy aliviado.

—Muchas gracias por traerme —dijo ella, mientras abría la portezuela—. Me he divertido mucho.

—No, gracias a ti.

En cuanto salió del coche, Philip arrancó y se alejó. No quería permanecer allí, contemplando la bella figura de Lisi mientras caminaba hacia su lugar de trabajo.

Después de aquella experiencia, Lisi vio a Philip siete u ocho veces más por cuestiones de trabajo. En ocasiones Jonathan los acompañaba, pero la mayoría de las veces estaba a solas con él. Con el paso del tiempo, descubrió que conocía mejor los gustos de Philip que su jefe, y no era extraño que lo llamara para ofrecerle alguna casa o recomendarle que rechazara otras.

Era obvio que Philip confiaba en ella, y Lisi lo adoraba a pesar de que el ejecutivo mantenía las distancias con todo el mundo,

incluidos Jonathan, Samuel e incluso su madre. Su presencia le agradaba tanto que comenzó a apuntar en el calendario las fechas en las que tenía previsto pasar por la oficina, y procuraba estar especialmente atractiva esos días, aunque sin resultar demasiado obvia.

Una preciosa tarde de primavera, Philip apareció sin su habitual expresión de seriedad. Parecía contento y relajado.

—Hola, Philip —dijo, con una sonrisa.

—Hola, Lisi. ¿Tienes algo para mí?

—Sí, y creo que te va a gustar.

La casa que había localizado era tan perfecta como pudiera serlo una casa. Philip nunca había mostrado tanto entusiasmo hasta entonces y cerraron el trato de inmediato, sin pensárselo dos veces. De hecho, su oferta fue bastante más generosa de lo habitual.

Hacia las seis de la tarde, la llevó de vuelta a Langley. El campo estaba lleno de flores y Philip suspiró. Estaban en primavera, una buena época para volver a empezar, y sinceramente esperaba que Carla y él pudieran arreglar su relación.

—Es una época preciosa del año, ¿verdad? —preguntó ella.

—Sí, es tan vital que apetece celebrarlo.

—Bueno, ¿por qué no lo hacemos entonces? Una copa no nos haría ningún mal.

Philip la miró. Lisi le gustaba. Trabajaba duro y no hacía preguntas. Además, se sentía relajado cuando estaba con ella.

—De acuerdo. ¿Dónde podemos ir?

—Está el pub del pueblo o el hotel. Cualquiera de los dos nos serviría.

—Entonces, vamos al pub. Esta noche tendré que dormir en el hotel, porque mañana tengo que viajar a Somerset.

—Llamaré a mi madre para decirle que llegaré tarde.

—¿Vives con tu madre?

—Sí.

—Es extraño, a tu edad...

—Supongo que sí, pero nos llevamos muy bien.

Cuando llegaron al pub, se sentaron en una mesa y pidieron vino. Enseguida, Lisi se descubrió bebiendo más que de costumbre, y comenzó a contarle anécdotas sobre su vida y sobre la localidad. No quería que la velada terminara, así que en determinado

momento se empeñó en invitarlo ella a tomar algo.

—No, gracias, no quiero beber más —dijo él.

—Oh, vamos, insisto. Debes permitir que yo te invite a una copa. Todo lo demás lo has pagado tú.

Philip rio.

—Está bien, por qué no. Tomemos la última.

Lisi siguió hablando y hablando, y aunque Philip se estaba divirtiendo, tuvo la impresión de que la joven había bebido demasiado.

—Creo que deberíamos marcharnos —observó.

Lisi parpadeó varias veces y el ejecutivo notó que no se encontraba bien.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, solo un poco mareada. No estoy acostumbrada a beber.

—¿Has comido algo?

—No.

Philip la miró con preocupación. No podía llevarla a casa de su madre en tal estado, así que le ofreció una mano y dijo:

—Vamos. Será mejor que hagamos algo para que se te pase el efecto del alcohol.

Lisi tomó la mano del ejecutivo y salieron a la calle. Philip pensó que necesitaba comer y descansar un poco, de modo que decidió llevarla a cenar al restaurante del hotel. Pero una vez allí, la vio tan pálida que supo que estaba atrapado. No podía enviarla a casa y tampoco podían entrar en un restaurante lleno de gente en aquellas circunstancias.

—Será mejor que descanses un rato…

—Sí, por favor —murmuró ella.

—Espera aquí. Voy a buscar la llave de mi habitación.

Philip recogió la llave en recepción. Por suerte no había nadie cerca, y los recepcionistas estaban acostumbrados a mantener los secretos de sus clientes.

Lisi siguió a Philip hasta la habitación, y una vez dentro, se arrojó en la cama.

—Quítate los zapatos y duerme un poco —dijo él—. Te despertaré dentro de un par de horas, comeremos algo y te llevaré a casa.

El alcohol había eliminado todas las inhibiciones de la joven,

que lo miró con deseo y suspiró. Pero él hizo caso omiso y al poco tiempo, Lisi se quedó dormida.

Philip la dejó en el dormitorio y bajó al bar. La presencia de Lisi lo alteraba demasiado y deseó con todas sus fuerzas que se marchara de allí. Era muy hermosa. De buena gana habría tomado una larga ducha fría, pero su habitación estaba ocupada por ella y no podía hacerlo.

Esperó las dos horas prometidas y pidió que le sirvieran un filete con patatas fritas y un café bien cargado para llevárselo a la joven. Y cuando finalmente entró en la habitación, se quedó helado.

Estaba desnuda.

Desnuda en su cama.

Tenía los brazos por encima de la cabeza; parte de la sábana se había bajado y revelaba un precioso y perfecto seno, cuya visión se completaba con la inconfundibles formas de su cuerpo.

Estuvo a punto de dejar caer la bandeja, pero consiguió dejarla sobre la mesita de noche. Estaba muy excitado. Sin embargo, hizo un esfuerzo por controlarse y decidió despertarla para que se marchara tan pronto como fuera posible.

Desafortunadamente, las cosas no salieron como pretendía. En lugar de darle un pequeño golpecito en el hombro, su mano pareció adquirir vida propia y acarició el seno que estaba a la vista.

Lisi gimió al sentir el contacto y Philip todavía hizo un último intento por recobrar el control.

—Despierta, Lisi...

Lisi abrió los ojos y vio a Philip, que parecía muy enfadado. Entonces supo que estaba en un hotel, en una habitación que no conocía, y que había bebido demasiado. Asustada, se incorporó y se sentó en la cama. Hasta aquel momento no se había dado cuenta de que estaba totalmente desnuda, pero la mirada de Philip fue bastante explícita.

—¡Vístete! —exclamó él.

—¿Dónde está mi ropa?

—¿Cómo voy a saber dónde está tu maldita ropa? Yo no te la he quitado.

Lisi se ruborizó y recordó que la había dejado en el suelo, así que se inclinó para recogerla. Pero aquello fue la gota que colmó el vaso. Al inclinarse, sus senos se movieron de tal modo que Philip se

sintió perdido.

Se acercó a ella, se tumbó en la cama, la tomó entre sus brazos y comenzó a besarla apasionadamente.

La joven se entregó a él sin resistencia alguna. Le parecía un sueño hecho realidad. Estaba en la cama con Philip, entre sus brazos, y no tardó en introducir sus manos por debajo de la camisa del ejecutivo.

—¿Quieres desnudarme, Lisi? —preguntó él, en un murmullo.

—Sí —respondió.

Lisi le quitó la camisa y acarició su pecho mientras él la besaba una y otra vez. Después, desabrochó el cinturón de sus pantalones e introdujo una mano para sentir la dureza de su sexo, pero él le rogó que no lo tocara.

—No hagas eso, Lisi. Ahora no...

Segundos después, los dos estaban completamente desnudos. Lisi se sintió repentinamente insegura, pero Philip acarició sus piernas y comenzó a acariciarla íntimamente.

—Oh... —gimió ella.

—Te deseo —susurró él.

—Yo también te deseo.

—¿Quieres que lo hagamos ahora, o prefieres que juegue un poco contigo? —preguntó él, en tono de broma.

Las palabras de Philip la excitaron aún más. Nunca había sentido nada parecido, nada tan intenso.

—Juguemos —respondió.

Philip gimió y se movió sobre ella. Era como un sueño, el sueño más erótico que había vivido. Intentó contenerse todo lo que pudo antes de entrar poderosamente en su cuerpo y de que ahogara un grito en su garganta.

Lisi comenzó a moverse contra él de forma instintiva. Lo quería bien dentro, tanto como fuera posible.

—Dios, Lisi...

Justo cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, Philip recordó que no se había puesto preservativo y que no sabía si ella tomaba algún tipo de precaución.

—Lisi, detente, no llevo preservativo...

Philip hizo un esfuerzo por salir de su cuerpo, pero ella no hizo el menor caso y apretó los músculos para intentar atraparlo.

—No hagas eso —ordenó él.

La joven mintió. No quería que de se detuviera.

—No te preocupes, no pasará nada.

—¿Seguro?

—Sí.

Philip se inclinó sobre ella, succionó sus pezones y le susurró palabras eróticas. Lisi se sintió dominada por olas y olas de placer, y poco después, él también alcanzó el orgasmo.

La joven sintió que se estremecía en su interior, durante tanto tiempo que pensó que nunca se iba a detener.

Segundos más tarde, Lisi intentó besarlo. Pero Philip se apartó como si su boca fuera un veneno. En aquel instante se dijo que tal vez estaba cansado, porque a fin de cuentas siempre parecía falto de sueño.

Sin embargo, Philip se levantó y comenzó a vestirse. Lisi no podía creerlo.

—¿Philip?

—¿Qué? —preguntó, mientras se abotonaba la camisa.

—¿Te marchas?

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué te marchas ahora?

Philip la miró y respondió, con frialdad:

—Porque estoy casado.

Entonces, el ejecutivo tomo su chaqueta y su bolsa de viaje y se marchó sin mirar atrás.

Y Lisi no volvió a verlo.

Capítulo 4

Philip no pudo dormir aquella noche. No dejaba de pensar en Lisi y en el efecto que producía en él.

Ni siquiera sabía por qué se había dirigido a Langley. Simplemente, había tomado la carretera, empujado por una extraña necesidad. Además, supuso que Lisi se habría casado con algún vecino de la localidad, y que para entonces ya tendría varios hijos. Pero sorprendentemente estaba soltera.

Aún la deseaba, y ella lo deseaba a él. Era evidente. Pensó que le debía una explicación por lo sucedido entre ellos años atrás. Aunque la joven lo hubiera instigado, él se había dejado llevar y tenía que contarle por qué se había marchado de aquella habitación sin mirarla.

Miró la hora, pero todavía era pronto. Se duchó, se vistió y tomó un café antes de encender el ordenador y recoger el correo electrónico. Sin embargo, no pudo concentrarse en nada. Solo quería que pasara el tiempo, rápidamente, para presentarse en la oficina de su ex amante y contárselo todo.

Marian Reece levantó la mirada cuando sonó la campanilla de la puerta.

—Buenos días, Philip...

—Buenos días. ¿Ha llegado ya Lisi?

—No, está de vacaciones de Navidad. Pero estoy segura de que puedo ayudarte.

—¿Ayudarme?

—Dijiste que querías comprar una casa en la zona.

Philip entrecerró los ojos. En realidad no quería comprar nada, pero era una buena excusa para justificar su presencia en Langley.

—Es cierto. Si pudieras enseñarme algunos sitios...

—Por supuesto, pero necesito saber cuánto te puedes gastar.

Philip mencionó una suma tan elevada que las pupilas de Marian se dilataron.

—En tal caso, tenemos las mejores casas del mercado. La más

interesante que tenemos ahora es una preciosa y antigua mansión, pero necesita reformas.

—¿Por qué no se ha vendido todavía si es tan buena?

—¿Cómo?

—Que por qué no se ha vendido.

—Porque el precio es muy alto —confesó.

—Entonces, intenta que los dueños lo bajen.

—Me temo que se resisten. La venden porque se van a divorciar y necesitan obtener todo el dinero que puedan. Les dije que no conseguirían venderla si se empeñaban en poner un precio tan alto, pero supongo que ya sabes cómo son los clientes.

Philip sonrió y asintió.

—Escucha, necesito ver a Lisi. ¿Dónde puedo encontrarla?

—No estoy segura de que deba darte su dirección. No sé si le gustaría.

—Seguro que sí. Pero si no me la das, tendré que averiguarla por mi cuenta y la encontraré de todas formas. Lo malo es que tardaría más tiempo. Un tiempo que podría aprovechar en buscar casas.

—Está bien... vive en Millbank Lane, en una propiedad que se llama Cherry Tree. No tiene pérdida. La puerta de la casa es de color azul.

Marian se lo apuntó en un papel y él lo guardó en un bolsillo de la chaqueta.

—Gracias.

—No sé si debería habértelo dicho —declaró con inseguridad.

Philip sonrió.

—Como te decía, habría encontrado su dirección de todas formas.

Lisi estaba en la cocina cuando alguien llamó a la puerta. Maldijo su suerte porque tenía muchas cosas que hacer antes de la fiesta de cumpleaños de Tim. Habían invitado a cinco de sus pequeños amigos y debía organizar la casa para impedir que la destrozaran.

Se limpió las manos, caminó hacia la entrada y abrió. Era Philip. Llevaba unos vaqueros que marcaban sus duras piernas y un jersey gris con una vieja cazadora de cuero. Estaba irresistible.

—Hola, Philip, qué sorpresa…
—No pensarías que iba a marcharme sin hablar contigo.
—No tengo nada que decirte.
—Pero yo a ti, sí.
—Ahora no es el momento oportuno.
Philip la observó. Lisi se había recogido el cabello en una coleta de caballo y llevaba unos pantalones de algodón y un jersey. Tenía una mancha en la cara, así que preguntó:
—¿Estabas cocinando?
—Estoy cocinando —corrigió.
Entonces, se oyó una tercera voz.
—¡Mamá!
Era Tim. Llegó corriendo desde el salón, miró al desconocido y lo saludó.
—¡Hola!
Lisi no sabía qué hacer, así que intentó reaccionar.
—Tengo que marcharme, Philip. En serio, estoy muy ocupada.
—Hola —dijo Philip al niño, sin hacer caso a su madre—. ¿Cómo te llamas?
—Me llamo Tim, y hoy es mi cumpleaños —respondió con una gran sonrisa—. ¿Cómo te llamas tú?
—Philip. Soy un amigo de tu madre.
—¿Eres su novio?
—¿Es que tu madre tiene muchos novios?
—Tim, ¿por qué no te vas a jugar al salón? —intervino Lisi.
—Pero mamá…
—Por favor, cariño. Puedes tomar una galleta si quieres, pero solo una. Yo estaré enseguida contigo y podremos organizar la fiesta.
El niño miró a Philip y se marchó a regañadientes.
—Es su cumpleaños —explicó ella entonces—. Y estoy muy ocupada organizándolo.
—Así que por eso tuviste que llamar a tu madre…
—¿Cómo?
—La noche que nos acostamos. Dijiste que tenías que llamar para advertirle que llegarías tarde, y a mí me extrañó porque solo íbamos a tomar una copa. La llamaste para que cuidara de él. Pobrecillo. ¿Siempre lo dejabas con tu madre cada vez que te

acostabas con un hombre?

Lisi no comprendió nada al principio. No entendía que hubiera llegado a una conclusión tan absurda, pero entonces se dijo que Tim era muy alto para su edad. Parecía mayor de lo que era, y naturalmente él había pensado que ya lo tenía cuando se acostaron.

—Siempre he cuidado bien de mi hijo, Philip.

—¿Y dónde está el padre? —preguntó—. ¿Todavía estabas con él cuando nos acostamos?

—¿Cómo te atreves a preguntar algo así?

—Es una pregunta normal.

—Mira, Philip, no sé qué pretendes. Dejaste bien claro lo que sentías por mí. Entre nosotros no hay nada y nunca lo hubo. Ambos lo sabemos. Y ahora, si no te importa, tengo que organizar una fiesta.

Philip se sintió profundamente decepcionado al pensar que Lisi lo había engañado al ocultarle que tenía un hijo con otro hombre. Pero de algún modo, intuyó que no le había contado toda la verdad, que en aquella historia fallaba algo. Estaba tensa, nerviosa, mucho más nerviosa de lo que sería imaginable.

—Adiós, Philip.

—Espera...

—¿Qué quieres?

—No me has dicho cuántos años tiene Tim.

—Porque no lo has preguntado —explicó, muerta de miedo.

—Pues te lo pregunto ahora.

Lisi no supo qué decir. Se quedó sin palabras. Y entonces, de repente, Philip lo supo.

—Es mío, ¿verdad?

—Philip, yo...

—¿Es mío? —volvió a preguntar, muy enfadado.

—Yo...

—¡Confiésalo, Lisi! ¡Adelante, di la verdad!

—Es hijo tuyo, sí —admitió.

—Maldita bruja, maldita seas...

—Márchate, Philip. Por favor, te lo ruego.

—No pienso marcharme a ninguna parte. Quiero saberlo todo.

—Philip, te prometo que hablaré contigo. Por supuesto que lo haré, pero ahora no puedo. Tim va a volver en cualquier momento,

y no sería justo que...

—¿Justo? —la interrumpió, con sarcasmo—. ¿Crees que lo que has hecho es justo? Me has ocultado que tenía un hijo. Me has mentido.

—¡No he mentido! —protestó.

—Sí que lo has hecho. Es lo que me decías ayer, una mentira por omisión. Y cuando te he preguntado por tu edad, has estado a punto de engañarme. Pero tu duda te ha delatado.

—Por favor, Philip, márchate. No permitas que Tim escuche nuestra conversación...

Philip estaba destrozado, no podía creerlo. Había vivido rodeado por el sentimiento de pérdida y por la muerte y ella, mientras tanto, le había ocultado que tenía un hijo suyo.

—¿A qué hora termina la fiesta?

—Hacia las seis.

—¿Y a qué hora se duerme?

—Esta noche estará cansado, así que supongo que podría meterlo en la cama a las siete.

—Entonces, volveré a las siete.

—¿No podríamos dejarlo para mañana?

—Ya han pasado tres años, Lisi. ¿No te parece que ya has esperado demasiado?

—Precisamente por eso, una noche más no importará. Duerme y descansa un poco. Ahora estás muy enfadado, pero por la mañana...

—Lisi, o hablas conmigo a las siete o iré a hablar con Tim y le contaré toda la verdad —amenazó.

—No serías capaz de hacer algo así.

—Pruébame.

—Está bien, te veré esta noche aquí. A menos que prefieras que hablemos en otro sitio...

—No, gracias. Tal vez quiera ver a mi hijo mientras duerme. Porque supongo que no me negarás eso.

—No, no te lo negaré. Está bien. Te veré a las siete.

Philip se despidió con un gesto y se alejó sin decir nada. Ella cerró la puerta, temblando, y cuando se miró en el espejo de la entrada vio que estaba pálida. Pero tenía que recuperarse. Era el cumpleaños de su hijo y no permitiría que los problemas de los adultos se la arruinaran.

Hizo un esfuerzo por sonreír y entró en el salón. El pequeño estaba dibujando en un cuaderno, muy concentrado.

—Hola, cariño. ¿Quieres que te ayude un poco?

Tim alzó la mirada y la observó con curiosidad.

—Mamá, ¿quién era ese hombre?

—Solo un amigo, Tim —respondió—. Un amigo de mamá.

Capítulo 5

La espera pasó muy lentamente para Philip. Se sentía como si toda su vida se hubiera alterado de forma irrevocable, como si hubiera estallado una bomba y todo el paisaje fuera ahora irreconocible.

Intentó concentrarse en el trabajo. Envío un fax a Estados Unidos, respondió mensajes de correo electrónico y llamó a su oficina en Londres, y en todo momento se comportó con normalidad. Pero estaba muy alterado. Acababa de descubrir que era padre de un hijo que no conocía y sabía que tendría que negociar sus derechos paternos, quisiera Lisi o no.

Sin embargo, no quería pensar en ella. Cuando lo hacía, se sentía dominado por la ira; y la ira no serviría para llegar a algún tipo de acuerdo amistoso en semejante situación.

Por desgracia, en aquel momento le parecía imposible que llegaran a un acuerdo. ¿Cómo podían conseguirlo después de lo que había pasado?

Cuando empezó a anochecer, salió a dar un paseo. Contempló los grises nubarrones y se preguntó cuándo empezaría a nevar, pero a las siete en punto llamó a la puerta de su ex amante.

Lisi tardó un poco en abrir y llegó a pensar que se estaba escondiendo de él. Pero finalmente abrió, y cuando lo hizo, se llevó una buena sorpresa. Se había vestido para la fiesta del pequeño e iba toda de rojo. Vestido rojo, zapatos rojos y unas medias que le quedaban maravillosamente bien.

—Será mejor que entres —dijo ella.

—De acuerdo.

Philip la siguió hasta el salón, donde todavía se observaban los restos de la fiesta. A juzgar por el desastre, parecía que había invitado a todo un colegio. Había globos por todas partes, así como trozos de tarta y bocadillos encima de la mesa.

—¿No tenían hambre? —preguntó él.

—Solo se han comido las patatas fritas.

—Ya. Pues desde luego saben cómo destrozar un sitio, ¿eh?

Lisi sonrió y pensó que a pesar de todo tal vez consiguieran comportarse de forma amistosa.

—Debería haber limpiado un poco, pero quería leer un cuento a Tim. ¿Quieres algo de beber?

—Dentro de un rato. Ahora me gustaría ver a mi hijo.

—Acaba de dormirse y podría despertar…

—No te preocupes, seré silencioso. Además, ¿qué pasaría si se despierta?

—¿Es que no sabes nada de niños?

—No —confesó—. Hasta esta mañana, no tenía razón alguna para saber de niños.

—Espera a que se haya dormido del todo. Si se despierta y ve a un desconocido podría asustarse.

—¿A un desconocido? Pensaba que los veía a menudo por las noches —dijo con ironía.

Aquel insulto fue demasiado para Lisi. Perdió el control y le dio una bofetada, pero él no reaccionó; se limitó a mirarla con frialdad.

—¿Te sientes mejor? —preguntó él.

—¿Tú que crees?

Philip se apartó de ella. No quería que lo mirara de aquel modo, con una expresión tan vulnerable. Quería alejar su corazón de su pálida belleza y de su pelo negro, recogido esta vez con una cinta a juego con el vestido.

—No quieres saber lo que pienso. Pero dejémoslo. Ahora me tomaría esa bebida que me has ofrecido.

Lisi fue a la cocina y regresó con una botella de vino y dos copas.

—Podrías abrirla, y mientras tanto yo limpiaré un poco el salón —declaró.

Philip deseó que no llevara aquel vestido rojo. Estaba muy atractiva, y para empeorar las cosas había encendido el fuego de la chimenea y la iluminación resultaba curiosamente sensual.

La joven arregló un poco el lugar y él abrió la botella tal y como le había pedido. Después, se sentaron cada uno en un sillón.

—¿Por qué podemos brindar? —preguntó ella.

—¿Por la verdad?

—¿Crees que tienes el monopolio de la verdad? ¿Por qué piensas que no te llamé cuando supe que estaba embarazada?

—Lo que pienses o dejes de pensar es un completo misterio para mí.

—Piensa en lo último que me dijiste. Dijiste que estabas casado. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Llamar a tu puerta con una enorme panza y anunciarte que ibas a ser padre? ¿Y qué habría pasado si tu esposa hubiera abierto? No creo que le hubiera gustado demasiado.

Philip permaneció en silencio unos segundos. Precisamente se había presentado en su casa aquella mañana para hablarle del pasado y de Carla. Pero el descubrimiento de que tenía un hijo había trastocado todas sus intenciones.

—Podrías haberme llamado por teléfono. En la oficina tenían mi número y podrías haberme localizado en cualquier momento. Además, todo aquello fue absurdo. Nunca debió pasar lo qué pasó. Y nunca debiste quedarte embarazada.

—Eso ya lo sé. Pero no lo elegí yo.

—¿Ah, no? Me dijiste que siguiera, que no pasaba nada —recordó—. Fui un estúpido al confiar en ti.

—¿Estás diciendo que te mentí, Philip?

—Es un hecho. Cuando me di cuenta de que no me había puesto preservativo y de que era posible que tú tampoco utilizaras ningún método anticonceptivo, quise apartarme, pero me lo impediste y dijiste que no pasaba nada, que no había peligro. ¿Qué ocurrió? ¿Es que estabas tan excitada como para ser tan irresponsable? ¿O es que entonces creías esa estupidez de que las mujeres no se pueden quedar embarazadas en determinados periodos?

—¿Crees realmente que sería capaz de arriesgarme de ese modo?

—No lo sé.

—Para tu información, estaba tomando la píldora.

—¿Y qué pasó?

—Creo que fue porque aquella semana había estado enferma y tal vez me salté alguna. Pero no le di importancia. En todo caso, solo había una posibilidad entre un millón de que...

—Ya, pero sabías que existía esa posibilidad —la interrumpió.

—¿Qué quieres que te diga? —preguntó, indignada—. ¿Que

estaba tan excitada contigo que no supe controlarme?

—¿Es eso cierto?

—Lo es —respondió, mirándolo fijamente—. Espero que te sientas halagado.

—No necesito halagos. Pero no importa, de todas formas no podemos cambiar el pasado.

—¿Y si pudiéramos? ¿Lo harías?

—Por supuesto que sí. ¿Tú no?

Lisi sonrió con tristeza.

—No, no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque gracias a ese encuentro ahora tengo un hijo.

—Comprendo... Se parece mucho a ti, por cierto.

—Eso es lo que comentan todos. Y me alegra que sea así.

—¿Por qué lo dices?

—Me molestaría que se pareciera a su padre, a un hombre que preferiría que él no existiera.

—Me estás malinterpretando a propósito —protestó él.

—No lo creo. De haber podido, habrías impedido que naciera.

—No seas demagógica. Además, ¿si crees que me arrepiento tanto de aquello, por qué estoy aquí? Cuando me lo contaste esta mañana, podría haberme marchado. Eso es exactamente lo que querías que hiciera.

Lisi se encogió de hombros.

—No sé qué haces aquí.

—Entonces, te lo diré. Es obvio que las circunstancias de la concepción de Tim no fueron las mejores, pero...

—Una forma curiosa de describirlo —dijo ella, con ironía.

—Pero Tim está aquí y eso es lo único que importa —continuó Philip—. Y en parte, es mío.

—¿En parte? No puedes dividirlo como si fuera un pastel.

—Hablaba en términos genéticos.

—Tal vez, pero haces que parezca un monstruo, una especie de Frankenstein por trozos —espetó, muy nerviosa.

—No seas estúpida. Quiero verlo crecer, quiero ver cómo se convierte en un hombre, quiero formar parte de su vida, quiero enseñarle cosas, quiero ser lo que soy, su padre.

Lisi estaba muy preocupada. Resultaba evidente que Philip

estaba realmente interesado en Tim y que querría algo más que verlo de forma ocasional. Pero por otra parte, vivía en Londres y supuso que pronto se cansaría de tener de que ir y venir solo para ver a su hijo.

—Me gustaría verlo ahora, por favor —continuó el ejecutivo.

Esta vez ya no habría razón alguna para negárselo, pero a Lisi no le apetecía nada. Era consciente de que su vida había cambiado. Hasta entonces, el mundo era Tim y ella, un lugar perfecto, sin nadie más. Ahora, en cambio, su hijo también sería de Philip.

La asunción de lo sucedido fue demasiado para ella y estuvo a punto de ponerse a llorar.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Sí, claro —respondió ella.

—Te has quedado muy pálida...

—Soy pálida, Philip, y lo sabes. Pálida como la luna. Pero ven conmigo.

Los dos se levantaron y caminaron hacia la habitación del pequeño. Abrieron la puerta y entraron en silencio, sin hacer ningún ruido. Philip se inclinó sobre él. Dormía plácidamente, con un mechón de pelo oscuro sobre la cara. Sus pestañas eran tan grandes como las de su madre, y respiraba profunda y lentamente.

—Tiene un aspecto tan inocente... —dijo él.

Lisi miró a su ex amante. Contemplaba a Tim como si estuvieran los dos solos en la habitación, como si ella no existiera. Pero entonces, él apartó la vista del niño y las miradas de los dos adultos se encontraban. En los ojos de Philip había algo muy parecido a la tristeza y al arrepentimiento.

La joven se llevó un dedo a los labios e hizo un gesto hacia la puerta para invitarlo a salir. No se quería arriesgar a despertar al pequeño. De modo que salieron, cerraron la puerta con sumo cuidado y volvieron a acomodarse en el salón.

—¿Quieres más vino? —pregunto ella.

—No, gracias, preferiría un café.

Lisi se alegró de tener la oportunidad de desaparecer en la cocina y alejarse de él. Minutos después, reapareció con el café y con unas pastas.

Philip probó el café y murmuró:

—Está bueno.

—¿Qué esperabas? ¿Que utilizara la marca más barata del mercado?

—No, tienes razón, lo único barato ha sido mi comentario. Pero dime una cosa: ¿quién más sabe lo de Tim?

—Nadie. Nadie lo sabe.

—¿Nadie en absoluto? —preguntó con incredulidad.

—No, nadie. ¿Por qué deberían saberlo? La única que lo sabía era mi madre, pero murió.

—¿Le contaste toda la historia?

—No, inventé bastante.

—Supongo que se sorprendería mucho.

—Sí, pero procuré presentárselo de un modo menos sórdido de lo que fue.

Philip sonrió.

—Mis padres querrán conocerlo —declaró.

—¿Tus padres?

—Claro, ¿qué esperabas?

—No lo sé —admitió la joven—. En realidad no he pensado mucho en esas cosas.

—Ahora también forma parte de mi vida, Lisi. Debes comprender que tengo una familia, e incluso amigos, y es lógico que quieran conocerlo.

Lisi se preguntó si además de amigos habría alguna mujer importante en su vida, y quiso saciar su curiosidad.

—¿Te has vuelto a casar, Philip?

—No.

—Ya veo... En fin, ¿qué quieres que hagamos?

Philip pensó que quería acostarse con ella, pero obviamente no podía responder algo así.

—Tendrás que decírselo a Tim tan pronto como sea posible.

—¿Decírselo? —preguntó, asombrada.

—Por supuesto. He vuelto, Lisi, y pienso reclamar lo que es mío. Además, ¿qué pensabas decirle sobre su padre? Más tarde o más temprano se hubiera interesado aunque yo no hubiera aparecido.

—No lo sé, tampoco había pensado en eso. Es muy pequeño, y cuando alguna vez ha preguntado, me he limitado a decir que me separé de su padre cuando todavía no había nacido. Supongo que en algún momento le habría contado la verdad.

—¿Y cuándo pensabas hacerlo? ¿Cuando tuviera cinco años, seis, dieciséis?

—En el momento oportuno.

—Ya, claro. Y hasta cabe la posibilidad de que ese momento no llegara nunca. ¿Pensaste que podías mantenerme en el olvido durante el resto de tu vida? ¿Pretendías que el pobre chico no llegara a saber nunca que tenía un padre?

—No lo sé —confesó, avergonzada.

—Pues será mejor que se lo cuentes y que se lo cuentes pronto. No me importa cómo lo hagas, pero hazlo.

—¿Y cuándo volveré a verte? ¿Después de Navidades? —preguntó con sarcasmo.

—Buen intento, Lisi, pero me temo que no voy a desaparecer convenientemente de tu vida. Pretendo pasar una buena temporada por aquí. Además, faltan pocos días para la Navidad.

—¿Para la Navidad?

—Exacto. Hoy estuve a punto de comprarle un regalo de cumpleaños, pero no quería confundirlo. Pero como iba diciendo, aún quedan unos cuantos días para la Navidad y para entonces debería saber quién soy. Porque pienso pasar el resto de sus vacaciones con él.

Lisi quiso protestar. No quería que Philip destrozara su relativamente tranquila existencia, pero supo que protestar no habría servido de nada. No se iba a marchar, y si le ponía las cosas difíciles, sería capaz de contratar a los mejores abogados para obtener la custodia del niño.

—¿Lo harás? —preguntó él.

—¿Es que tengo elección?

—Conoces la respuesta a esa pregunta. Ah, y no te molestes en acompañarme a la salida. Puedo encontrarla yo solo.

Lisi lo observó mientras se alejaba. Poco después la puerta se cerró y ella se dejó caer en el sofá y comenzó a llorar.

Capítulo 6

El sonido del teléfono despertó a Lisi. Y cuando contestó, supo que algo andaba mal.

—¿Dígame?

—Hola, soy Marian.

Lisi se preguntó por qué la llamaría tan temprano su jefa. De inmediato pensó que se había dormido y se sentó en la cama, sobresaltada.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media, ¿por qué lo preguntas?

—¡Espera un momento!

Lisi corrió a la habitación del pequeño, muy preocupada. Tim tenía la costumbre de despertar pronto y le extrañó que no hubiera aparecido antes. Hasta llegó a pensar que Philip lo había raptado. Pero el niño estaba en su cama, jugando con sus regalos de cumpleaños.

—¡Hola, mamá! Estoy jugando con mi tractor...

—Ya lo veo, y es muy bonito, cariño. Pero ahora tengo que dejarte, estoy hablando por teléfono con Marian. Luego desayunaremos juntos.

La joven regresó a su dormitorio y volvió a tomar el auricular.

—¿Sigues ahí, Marian?

—Estaba a punto de colgar. ¿Adónde has ido, a Escocia?

—Muy divertido...

—Pareces más contenta esta mañana.

—Sí, lo estoy. Mucho más contenta —mintió.

—Me alegro, porque no sé si te va a gustar lo que tengo que decirte.

—¿Qué sucede?

—Se trata de Philip Caprice.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Quiere que le enseñes una propiedad dentro de un rato.

—¿Está bromeando? ¿No le has dicho que estoy de vacaciones?

—Se lo dije ayer. Lisi, ¿ha pasado algo entre vosotros?

—¿Además de lo evidente?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

Lisi pensó que negarlo no tenía sentido, sobre todo ahora que Marian sabía que Philip era el padre de Tim.

—Se lo he dicho.

—¿Se lo has dicho?

—Sí, lo adivinó.

—¿Y qué pasó?

Lisi suspiró.

—Quiere involucrarse.

—¿Insinúas que quiere volver contigo?

—No, me refiero al niño.

—Ah, ahora lo entiendo. Eso lo explica todo.

—¿Qué es lo que explica?

—Su obsesión por encontrar una casa precisamente aquí, en Langley.

—Oh...

—Y eso no es lo peor.

—¿Qué quieres decir?

—Que insiste en que lo acompañes a ver esa propiedad y...

—¡Pero estoy de vacaciones, Marian!

—Ya lo sé, ya se lo he dicho.

—Y aunque no estuviera de vacaciones, no quiero acompañarlo a ver nada.

—Pero ha sido muy... muy insistente, querida.

—¿Y qué?

—¿Debo recordarte que es un cliente? —preguntó Marian.

Lisi recordó que Marian era, ante todo, una mujer de negocios. Y Philip era un cliente muy importante, con mucha influencia. Además, su jefa siempre se había portado bien con ella y le debía muchos favores. Le daba días libres cuando los necesitaba, la apoyaba e incluso llevaba al niño al médico si era necesario.

—Está bien... Supongo que puedo hablar con Rachel para que cuide de Tim. ¿Cuándo quiere ir a ver esa casa?

—Más tarde, por la mañana. ¿Podrás hacerlo entonces? Si no consigues encontrar a nadie, puedes dejar al niño aquí y cuidaremos de él.

—No, gracias, estoy segura de que Rachel podrá encargarse.

—Ah, una cosa más, Lisi...

—Adelante, di lo que sea.

—La propiedad en cuestión es... la vieja mansión.

Lisi no podía creerlo. Era algo demasiado cruel. Se preguntó si Philip tendría intención de hacerle más daño del que ya le había hecho.

—Si es una broma no tiene ninguna gracia, Marian.

—Ojalá lo fuera.

Lisi no recordaba después cuándo había colgado el teléfono, pero lo hizo y de repente se encontró sola en su dormitorio, asombrada, sin saber cómo reaccionar. La vieja mansión era la casa de su familia, el lugar donde había crecido y donde había vivido con su madre hasta su muerte.

No le había gustado tener que desprenderse de ella, pero tuvo que hacerlo porque debía criar a un niño y el sueldo no le llegaba.

Y ahora, Philip quería comprarla.

Intentó recobrarse y minutos después sirvió el desayuno a Tim.

—Quiero tarta de cumpleaños —dijo el pequeño.

—Claro, te daré un trozo —dijo su madre, ausente.

El niño no pudo creerlo.

—¿Seguro que puedo, mamá?

Lisi miró a su hijo y pensó que podía permitirle aquel pequeño deseo. A fin de cuentas, tampoco era tan importante.

Mientras el niño daba cuenta de la tarta, llamó por teléfono a Rachel para pedirle que lo cuidara, y su amiga no puso ningún impedimento.

—Muchas gracias, Rachel —dijo.

—¿Te ocurre algo?

—Ya te lo contaré más tarde.

—¿Más tarde? ¡No puedo esperar!

Cuando terminó de hablar con su amiga, Lisi se bañó y dejó la puerta abierta para que Tim pudiera entrar y salir si quería, cosa que hizo. Después, eligió un traje bastante formal, algo que no llamara la atención, y se dijo que había cometido un error la noche anterior al ponerse aquel vestido rojo. Era posible que Philip no la respetara, pero la deseaba y había notado sus miradas y su incomodidad.

Unos minutos después, dejó al niño al cuidado de Rachel y se dirigió a la oficina para ver a Philip. Su ex amante la estaba esperando.

—Hola, Lisi —dijo al verla.

Marian estaba sentada detrás del escritorio y parecía algo nerviosa.

—Aquí tenéis las llaves de la casa. Los dueños están fuera.

Lisi se estremeció. Esperaba que la pareja que había comprado la mansión cuando la vendió se encontrara presente. La idea de estar a solas con Philip en aquel lugar no le agradaba.

—Podemos ir andando —informó Lisi—. Está al final de la calle.

—Claro...

En cuanto salieron de la oficina, Lisi olvidó los buenos modales y preguntó:

—¿Todavía estás empeñado en comprar una casa aquí?

—Creo que en las actuales circunstancias es lo más apropiado.

La joven pensó que nada parecía apropiado ni lógico en semejantes circunstancias, y mucho menos el inconveniente deseo que sentía por aquel hombre. Estaba muy enfadada y Philip lo notó. Hasta pensó que se había puesto aquel traje tan serio y poco llamativo para no parecer atractiva a sus ojos. Pero se dijo que si su intención había sido esa, había fracasado miserablemente.

—Está en la dirección de tu casa —observó él, mientras caminaban.

—¿No lo sabías?

—No, solo conocía los detalles de la mansión.

—Pues sí, está en la dirección de mi maldita casa —espetó.

—Magnífico —murmuró él, con humor.

Lisi lo miró, disgustada. Prefería que no gastara bromas, que no se comportara con amabilidad. Prefería su hostilidad con tal de no sentirse atraída por él.

La mansión se encontraba detrás de la antigua iglesia de Norman. En el pasado había sido una rectoría, y el corazón de la joven se detuvo al contemplar su destartalado aspecto. Se estaba cayendo a pedazos.

—No está en muy buenas condiciones —dijo él.

—Es que los dueños se están divorciando, y supongo que en este momento no dan mucha importancia al mantenimiento.

Philip se apartó de ella. La gente decía que la muerte podía ser más llevadera que un divorcio. Cuando una pareja se separaba, rompía con la vida que habían llevado y en ocasiones solo quedaba el dolor, la amargura o el resentimiento. Al morir Carla, la madre de Philip le había comentado que al menos había muerto sabiendo que la amaba, y el ejecutivo se preguntó qué habría pensado su madre de saber la verdad.

Entonces volvió a mirar a Lisi y se dijo que, de un modo u otro, estaba irremisiblemente atado a ella. Un hijo creaba un lazo eterno entre los padres.

—¿Quieres que entremos o prefieres ver antes el jardín? —preguntó ella.

—Entremos.

Lisi no había entrado en la mansión desde que la vendió, y parecía un inmenso almacén. Su madre y ella nunca habían tenido mucho dinero y no habían podido realizar todos los arreglos que necesitaba el lugar, pero las superficies siempre estaban limpias, los suelos brillaban y nunca faltaba un ramo de flores aquí y allá.

Ahora, en cambio, la casa parecía abandonada; como si nadie hubiera cuidado de ella. Pero se alegró. Sabía por experiencia que la mayoría de los clientes decidían comprar una casa, o rechazarla, en cuanto entraban en ella. Y supuso que el desastroso aspecto del lugar era la mejor garantía de que Philip no querría adquirirla.

—La cocina está por ahí —dijo, con tranquilidad.

Cuando llegaron, observaron lo que parecían ser los restos de una fuerte discusión conyugal. En el suelo había un plato roto y olía mal, como si el frigorífico estuviera lleno de comida caducada.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

—¿Tú que crees? En fin, llévame al comedor.

—Me temo que está muy lejos de la cocina. Ten en cuenta que es una mansión muy vieja y que no se construyó con los patrones modernos.

—Veo que no quieres que compre esta casa...

—No quiero que compres ninguna casa en Langley. Pero te llevaré al comedor si quieres.

—Lo estoy deseando —dijo con sarcasmo.

Después de ver el comedor siguieron paseando por las distintas salas hasta que llegaron al salón. Philip observó con detenimiento

los altos techos y caminó hacia los balcones, que daban al jardín. A pesar de estar en invierno, le gustó mucho. Estaba lleno de árboles y arbustos que se alzaban sobre los macizos de flores.

Lisi se acercó y se detuvo a su lado.

—Deberías verlo en primavera —dijo ella.

—¿Cómo?

—Todo se llena de flores. Y cuando los cerezos florecen, es como si hubiera nevado...

Philip supo que había algo que Lisi no le había contado. Lo intuía, y él siempre confiaba en su intuición.

—Conoces demasiado bien esta casa para ser únicamente alguien que pretende venderla.

Lisi lo miró y pensó que negarlo no tenía sentido.

—Muy astuto, Philip.

—Solo soy observador. Pero ¿por qué la conoces tan bien?

—Crecí aquí.

—¿Y qué pasó? —preguntó con curiosidad.

—Cuando mi padre murió, nos quedamos solas mi madre y yo...

—¿En este lugar? Es como un inmenso almacén.

—A nosotras nos gustaba.

—Sí, ya lo he notado.

—No quisimos marcharnos. Pero cuando murió mi madre, la vendí. Tenía que pensar en Tim.

—¿Vendiste esta mansión y compraste tu casa actual? Y supongo que ingresarías el resto del dinero en el banco...

—Sí.

—Lisi, ¿por qué no me llamaste? Aunque no hubiera podido ofrecerte un futuro, ¿crees que no me habría gustado financiar el mantenimiento de mi hijo?

—No tenía ninguna intención de rogarte tal cosa. Debía hacer lo que fuera mejor para todos, y en aquel momento me pareció la mejor decisión.

—Oh, maravilloso. Veo que te gusta hacer de Dios y decidir sobre la vida de las personas a tu antojo —declaró con amargura.

—Pensé que si intentaba ponerme en contacto contigo solo complicaría tu vida, la de Tim, la mía y desde luego la de tu esposa. Si yo hubiera estado casada y mi marido me hubiera hecho lo que tú le hiciste a ella, me habría roto el corazón. ¿Lo supo, Philip? ¿Se

lo contaste alguna vez?

—No. Carla no llegó a saberlo.

—¿Estás seguro? Dicen que eso es algo que siempre se sabe.

—No, ella no lo sabía porque no era consciente. Y no me refiero ni a ti ni a mí ni a lo que sucedió. Quiero decir que no era consciente de nada.

Lisi lo miró con confusión.

—¿De qué estás hablando?

—Cuando tú y yo hicimos el amor, hacía dieciocho meses que mi esposa no me dirigía la palabra.

—¿Quieres decir que estabais separados?

—En cierto sentido, sí. Lo estuvimos durante mucho tiempo. Hay algo que no sabes. Ella tuvo el accidente de tráfico antes de que yo te conociera. Quedó en coma y nunca se recuperó. Y no murió hasta varios meses después de que…

—¿De qué? —preguntó ella, en un susurro.

—De que me acostara contigo. Cuando la enterramos, tú debías de estar embarazada de seis meses.

Capítulo 7

Durante un momento, Lisi sintió que se le nublaba la vista. Cuando se recuperó, miró a Philip. Estaba muy tenso.

—No lo comprendo...

—¿No lo comprendes? Si quieres, te lo repito. Mi esposa...

—¿Cómo se llamaba? —lo interrumpió.

—Carla.

—Cuéntame lo que pasó, te lo ruego —dijo con suavidad.

—Fue una mañana de otoño. Carla trabajaba fuera de Londres y se dirigía al trabajo. Hacía mal tiempo y a pesar de ello la gente conducía más deprisa de lo que debían... Un camión chocó contra la parte trasera de su vehículo, y cuando llegó la ambulancia pensamos que no sobreviviría. Había sufrido graves daños cerebrales, pero lo curioso es que no tenía ni una sola marca ni en su rostro ni en su cuerpo.

Philip se detuvo un momento antes de continuar

—Yo iba a verla todos los días, incluso dos veces al día cuando no estaba fuera de Londres, pero todo era inútil. No podía hablar, ni comer, ni respirar sin ayuda artificial.

El ejecutivo recordó las largas horas en aquel hospital. Ponía sus canciones preferidas y la acariciaba rogando que respondiera de algún modo, pero nunca lo hizo.

—Es terrible...

—Los médicos no sabían si podía escucharme, pero yo le hablaba de todos modos, por si acaso. Fue una verdadera pesadilla. Intentaba concentrarme en el trabajo, y desde luego muchas mujeres se interesaron por mí, pero nunca...

—¿Nunca qué?

—Nunca sentí ninguna tentación. Hasta que te conocí.

—Haces que parezca una especie de mujer fatal...

Philip negó con la cabeza.

—Al contrario, no te parecías nada a una mujer fatal. Me parecías dulce, inocente, sin complicaciones. Al menos, hasta

aquella noche. Yo solo había tomado un par de copas, así que ni siquiera puedo culpar al alcohol.

—Entonces, ¿estás diciendo que fui responsable de tu momentánea debilidad, Philip?

Él la miró con enfado.

—Contéstame a una cosa, Lisi. ¿Tienes la costumbre de dormir en las habitaciones de todos los hombres que encuentras por ahí? ¿Te quitas la ropa a menudo y la dejas en el suelo, tan tranquilamente, como una fantasía hecha realidad?

—¿Eso es lo que piensas de mí?

—No actuaste como la inocente joven que parecías. Yo diría que tenías mucha experiencia.

—Me lo tomaré como un cumplido —espetó.

Lisi se arrepintió de haber permitido que la conversación acabara en otra discusión y añadió:

—Lo siento, Philip, perdóname. No debería comportarme así después de lo que me has contado.

—Descuida. Ha pasado mucho tiempo y ahora puedo soportarlo.

—¿No vas a contarme el resto?—preguntó.

Philip asintió.

—Cuando te dejé aquella noche fui directamente al hospital. El día anterior, Carla había movido levemente los dedos y parecía que había alguna esperanza. Pero no fue así. Seguía tan inmóvil como siempre, conectada a todos esos tubos y monitores.

Philip se sentaba al borde de la cama de su esposa, lleno de culpa, y contemplaba sus preciosos pero pálidos labios. Carla no lo reconocía, no sabía lo que había pasado, pero a pesar de todo sentía que la había traicionado.

—Murió unos meses después —continuó.

Lisi lo miró con tal horror que Philip añadió:

—No fue por lo nuestro, Lisi, si es lo que estás pensando.

—Confieso que la idea me ha pasado por la cabeza, por muy irracional que sea. Pero ¿qué hiciste entonces?

—Supongo que me derrumbé. Seguí como antes, claro, trabajando, pero como si fuera otra persona. Me estaba volviendo loco, y entonces apareció Khalim.

—¿Khalim?

—El príncipe Khalim. En aquella época era el heredero de un

país de Oriente Medio llamado Maraban, que actualmente gobierna.

—¿Cómo lo conociste?

—Estudiamos juntos en Cambridge. Supo lo que había pasado y me llevó a su país.

—¿Para llevar una vida de lujo?

—Todo lo contrario. Me dijo que la única forma de sobreponerse a un dolor tan intenso y sobrevivir es abrazarlo, así que pasamos dos meses en un recóndito lugar de las montañas, sin ayudantes, sin nadie, solos. Solo había una pareja de guardaespaldas que cuidaban de él, pero a distancia prudencial.

—¿Y qué pasó? —preguntó, asombrada.

—Comíamos lo que podíamos conseguir, caminábamos durante horas, cabalgábamos y por la noche leíamos a luz de la hoguera. Khalim me enseñó a luchar.

—¿A luchar?

—Sí. Peleábamos.

—¿Y no le importaba?

—No, en las montañas éramos iguales. Después me ofreció un trabajo como embajador suyo y estuve viajando por todo el mundo.

—¿Te divertiste?

—Fue maravilloso.

—Pero lo dejaste...

—Sí.

—¿Por qué?

—Todo tiene su tiempo y su lugar. Además, Khalim se enamoró de una mujer, Rose... así que decidí que sería mejor dejar a mi viejo amigo. Con el tiempo nos hemos convertido en algo así como hermanos, y es mejor que la familia no se interponga en los matrimonios.

Durante toda la narración de Philip, Lisi había permanecido escuchándolo con suma atención, casi como si estuviera en un trance. Pero se dijo que había llegado el momento de reaccionar.

—¿Quieres ver el piso de arriba?

—No, ya he visto bastante.

—Estoy segura de que podremos ofrecerte otras propiedades, sobre todo después de Navidad, cuando salgan más al mercado.

Philip sonrió.

—Me has malinterpretado, Lisi. Quiero esta casa y pienso hacer

una oferta por ella.

—¡Pero si es carísima! ¡Lo sabes de sobra! —exclamó, desesperada.

—Sí, Marian Reece me lo dijo.

—Y supongo que también te dijo que los dueños no están dispuestos a rebajar el precio.

—Entonces, pagaré lo que pidan.

—¿Estás hablando en serio?

Lisi la miraba con los labios entreabiertos, asombrada, y Philip sintió el intenso deseo de tomarla entre sus brazos y besarla.

—No he hablado más en serio en toda mi vida. Dile a los dueños actuales que la única condición que pongo es que se marchen de inmediato. Quiero cerrar el trato tan pronto como sea posible.

La joven apretó los dientes, indignada. No podía creer que fuera a comprar la mansión a sabiendas de lo mucho que significaba para ella. Pero no podía hacer nada al respecto.

—Está bien, me encargaré de todo. Pero tendrás que hacer muchas reparaciones para dejar la casa como supongo que la quieres.

—En efecto.

—Y no puedes esperar que esté preparada para Navidad. Probablemente no esté acabada hasta primavera.

—En Navidad no estará, seguro, pero habré terminado con ella mucho antes de primavera.

—Eso es imposible. Los constructores y los decoradores tardarán meses en ponerse a trabajar...

—Entonces, tendré que traer a mi propia gente de Londres.

—Como quieras —declaró, mirándolo—. Y ahora, si no te importa, llamaré a la oficina y regresaré a casa.

—¿A ver a Tim?

—Por supuesto.

Lisi comenzó a caminar hacia la salida. Sus zapatos de tacón resonaban en los suelos de madera.

—¿Lisi?

—¿Sí?

—Aún no hemos hablado sobre las Navidades.

—¿De qué tenemos que hablar?

—Quiero pasarlas con Tim.

Estuvo a punto de mandarlo al infierno, pero sabía que enfrentarse a él frontalmente no serviría de nada.

—Me temo que no puedes. Lo siento, pero no podrá ser.

—¿Por qué?

—Porque ya hemos organizado las Navidades.

—Entonces, inclúyeme en tus planes o cámbialos.

—El día veinticinco voy a comer con mi amiga Rachel y con su hijo, Blaine, y no puedo llevarte con nosotros.

Philip se quedó pensativo.

—Comprendo. Se supone que yo tengo que comer con mis padres, pero puedo venir después y pasar el día con vosotros, ¿no te parece?

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque Tim no sabe quién eres.

—¿Quieres decir que aún no se lo has dicho? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—¿Cuándo esperabas que se lo dijera? Esta mañana solo he estado una hora con él porque he tenido que acompañarte.

—Lo siento, pero pensé que era importante que conocieras la casa que pensaba comprar.

—¿Por qué?

—Porque en algún momento, Tim vendrá a vivir conmigo.

Lisi sintió que su mundo se derrumbaba. Sin embargo, hizo un esfuerzo por mantener la calma y respiró profundamente. Por rico y poderoso que fuera, no se saldría con la suya.

—Mira, Philip, sé que quieres mantener una relación estrecha con Tim, pero no te conoce. Y hasta que te conozca, no voy a permitir que se quede contigo. De hecho es posible que no quisiera estar en esta casa sin mí.

—Lisi, quiero mantener una relación con mi hijo como la de cualquier padre. Y si crees que estoy dispuesto a golpearme la cabeza con los bajísimos techos de tu casa cada vez que desee ver a Tim, estás muy equivocada.

—No creo que tengas ocasión de ir a mi casa en mucho tiempo.

—Lo dudo. Estaré allí el día de Navidad, por la tarde. ¿Te parece bien a las cinco?

Lisi no fue capaz de responder, así que se limitó a asentir.

Capítulo 8

Tim, deja de comer o te pondrás enfermo...

—Oh, mamá, solo uno más... Por favor.

Lisi se inclinó sobre él para impedirlo, pero el niño se llevó otro bombón de chocolate a la boca.

—¡Ya basta, Tim! —dijo, mientras le quitaba la caja—. Después tenemos que tomar el té.

—¿Quieres tomar una copa de Oporto? —preguntó Rachel—. Tenéis que marcharos dentro de poco y es Navidad.

—No hace falta que me lo recuerdes. En cuanto a ti, jovencito, ve a jugar con Blaine hasta que nos vayamos.

Tim se marchó y Lisi respiró aliviada. Solo faltaba una hora para que Philip llamara a su puerta.

—Estoy tan cansada que me gustaría dormir —confesó.

—No me extraña. Los niños se ponen muy pesados en Navidades, y pueden ser agotadores. ¿Te encuentras bien?

Lisi se encogió de hombros.

—Tan bien como si me hubieran torcido un brazo. Todavía no puedo creer que Philip pretenda comprar la mansión, ni que lo haya organizado todo para hacer las reparaciones en un tiempo récord. Si siguen a ese ritmo, terminarán antes de Nochevieja. Magnífica manera de empezar el año, con Philip en mi antigua casa...

—Yo diría que es muy romántico.

—¿Romántico?

—Sí. Creo que Dave no haría algo así aunque tuviera dinero —respondió, refiriéndose a su ex marido.

—¿Te gustaría que lo hiciera? Pensé que habías dicho que no querías volver a verlo.

—Y supongo que no quiero, pero me siento sola y las Navidades me deprimen. Además, aunque no fuera el mejor marido del mundo, al menos estaba aquí. Echo de menos la presencia de un hombre.

—Bueno, será mejor que me vaya. Se está haciendo tarde.

—Supongo que te cambiarás de ropa.

—¿Para qué? Este vestido no tiene nada de malo.

—Nada, salvo que Tim te lo ha manchado de chocolate.

Lisi se miró y descubrió que su amiga tenía razón, pero sonrió.

—Nos lo hemos pasado muy bien, Rachel.

—Yo también.

—¿Seguro que no quieres venir a tomar algo a mi casa, más tarde?

—¿Y enfrentarme a Philip después de lo que me has contado de él? No, muchas gracias, Lisi.

Lisi recogió sus regalos, le puso el abrigo a Tim y se despidió de Rachel y de Blaine antes de salir de la casa de su amiga. Aunque eran poco más de las cuatro, el cielo empezaba a oscurecerse y un extraño silencio había descendido sobre la pequeña localidad. Pero no tenía nada de extraño. Era Navidad y todos estaban en sus casas, comiendo, jugando, charlando o viendo la televisión.

En cuanto llegó a su casa, decidió encender la chimenea. Tim se marchó a jugar con el tren que le habían regalado y ella se dirigió a su dormitorio para cambiarse de ropa.

Acababa de quitarse el vestido cuando llamaron a la puerta, así que no tuvo más remedio que ponerse una bata y abrir.

—¡Llegas pronto! —lo acusó.

Al verla, Philip pensó que nunca había estado tan atractiva en toda su vida. La bata estaba vieja, pero marcaba muy bien sus fabulosas curvas y por si fuera poco llevaba el pelo suelto.

—Lo siento. Dejé a mis padres antes de tiempo porque han anunciado que iba a nevar...

—¿Ah, sí, dónde? No veo nieve en ninguna parte.

—Bueno, ¿vas a invitarme a entrar? Aquí fuera hace frío.

Lisi lo dejó pasar a regañadientes.

—¿Ya se lo has dicho? —preguntó él.

—No, todavía no.

—Pero Lisi, ya ha pasado una semana...

—Lo he intentado, pero no encuentro la forma de hacerlo. No es algo que se pueda explicar a un niño de tres años tan fácilmente. No puedo decirle de repente que el hombre que vio el otro día es su padre.

—No es necesario que suene tan...

—¿Tan real?

Philip suspiró.

—Está bien. Pero ¿cuándo piensas decírselo?

—No seré yo quien lo haga, Philip. No es algo que solo me afecte a mí, así que dejaré que lo hagas tú. Estoy segura de que encontrarás la forma más diplomática posible —declaró, con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Tim, ven aquí!

El niño apareció de inmediato.

—Hola —dijo Philip.

—¡Hola! Tú eres el amigo de mamá, ¿verdad?

—Cierto, y he venido a tomar el té con vosotros, si te parece bien.

—¿Te han hecho muchos regalos?

—Muchos, no. Pero sí algunos.

—¡A mí me han regalado muchas cosas!

—¿Quieres enseñármelas?

Tim asintió con entusiasmo. Pero entonces vio que Philip llevaba varios paquetes encima y preguntó:

—¿Para quién son esos regalos?

Philip rio.

—Para ti. Si quieres, los abriremos cuando tu madre se haya vestido.

—Ah, sí —dijo Lisi, que no recordaba que solo llevaba una bata—. Voy a vestirme y vuelvo enseguida.

Lisi se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta, nerviosa. Se puso ropa interior y se decidió por unos vaqueros viejos y un jersey azul. Después, comenzó a cepillarse el cabello con intención de recogérselo, pero no quería dejar demasiado tiempo a solas a Philip y a Tim, así que se lo dejó suelto.

Cuando entró en el salón, su ex amante estaba jugando con el niño.

—¿Estáis bien? —preguntó ella.

Philip la miró y tardó un poco en reaccionar tras el impacto de su belleza. Se levantó, se acercó a ella y preguntó, en voz baja:

—¿Siempre dejas solo al niño mientras tú te dedicas a coquetear en la habitación contigua?

—Me estaba cambiando de ropa, Philip —espetó ella—. Tim me llenó el vestido de chocolate y tenía que cambiarme.

—Lisi, el niño estaba solo en el salón, con la chimenea encendida. Y solo tiene tres años.

El comentario de Philip era tan injusto que se sintió muy herida, pero se limitó a decir:

—Voy a la cocina a preparar té.

Philip la siguió y puso las manos sobre los hombros de la joven.

—Discúlpame, Lisi, no pretendía juzgarte.

—No mientas.

—Solo decía que...

—Será mejor que no digas nada. ¿Crees que vivo con él en una casa con chimenea y que no le he advertido al respecto?

—Escucha...

—No, escucha tú. ¿Sabes lo complicado que es criar a un niño estando sola? ¿Te has parado a pensarlo?

—No lo había pensado nunca hasta ahora, lo confieso.

—Hasta darle un simple baño supone un ejercicio de estrategia tan complejo como si fuera una campaña militar —declaró la joven —. Y en cuanto a ir al servicio, no te lo puedes ni imaginar.

—Tienes razón, Lisi. No tenía derecho a...

—¡No, no tenías ningún derecho! —exclamó, furiosa—. Míralo y te darás cuenta de que es un niño feliz. El mundo está lleno de peligros y yo tengo que enseñárselo todo para que sepa defenderse. Exige una atención constante, en todos los sentidos, así que haz el favor de confiar un poco más en mí, Philip. Sabe que el fuego es peligroso y que la única persona que se puede acercar a él soy yo.

Philip la observó avergonzado mientras ella servía el té y pensó que tenía razón. Era obvio que Tim era feliz y que estaba muy bien cuidado.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—No, ve al salón y cuida de Tim.

—¿Y se lo diremos después?

—No tengo otra elección, ¿verdad? —preguntó, angustiada.

Philip no respondió. Se limitó a salir de la cocina y segundos después ella lo siguió con el té, las pastas y una bandeja con pasteles.

—No estoy seguro de que pueda volver a comer nada hasta Nochevieja —declaró él, con una sonrisa.

—¿Es que tu mamá te ha dado mucho de comer? —preguntó el

niño.

Philip asintió.

—Sí, es mi primera Navidad en muchos años. En Maraban no la celebran.

—¿Dónde está Maraban?

—En Oriente Medio. Es un país precioso con un gran desierto. ¿Sabes lo que es un desierto, Tim?

El niño negó con la cabeza. Era obvio que estaba encantado con Philip.

—Es un lugar lleno de arena y con muy pocas plantas.

—¿Y qué más hay en Maraban?

—Hay nogales, y montañas cubiertas de juníperos, y muchos animales. Hay chacales, osos y ciervos.

Tim lo miró con ojos como platos.

—¿Y viviste en ese país?

—Sí, pero ya no vivo allí.

—¿Por qué?

—Porque tenía que volver a Inglaterra.

—¿Por qué?

—Tim, no hagas tantas preguntas... —protestó su madre.

—Pues verás, es que trabajaba con un príncipe —continuó Philip.

—¿Con un príncipe de verdad?

—Sí, con el príncipe Khalim. Pero se casó y tuve que regresar.

Tim asintió con solemnidad.

—¿Quieres jugar a los trenes conmigo?

Philip miró a Lisi con intensidad. Era evidente lo que pretendía. Pensaba que había llegado el momento de contarle la verdad y naturalmente ella tenía que iniciar la conversación. Así que sirvió el té, le dio al niño un vaso de zumo de naranja y dijo:

—Tim, escúchame un momento.

El niño la miró con interés.

—¿Recuerdas que una vez me preguntaste por qué no tenías papá? —preguntó ella.

—Sí.

—¿Y recuerdas que te dije que se había marchado y que no sabía si volvería?

Tim asintió y Lisi respiró profundamente, intentando sacar

fuerzas de flaqueza y encontrar las palabras adecuadas.

—Bueno... pues ha vuelto.

El pequeño miró automáticamente a Philip y preguntó:

—¿Tú eres mi papá?

—Sí, Tim —respondió Philip, con la voz rota—. Soy tu padre.

Tim bajó la mirada y se puso a jugar con su tren como si aquello no tuviera la menor importancia. Pero Lisi lo conocía bien y sabía que estaba concentrado, intentando asumir lo que acababa de saber.

—Tim... —dijo ella, para intentar llamar su atención.

—¿Vas a marcharte otra vez a Maraban? —preguntó el niño de repente.

—No, Tim, no me voy a ninguna parte. Voy a comprar una casa en el pueblo y te veré todos los fines de semana que quiera tu madre.

—¿Y te vas a casar con mamá?

—Oh, no, cariño, no vamos a casarnos —dijo Lisi.

—¿Por qué?

—Bueno, no todos los papás y las mamás se casan. Por ejemplo, el papá de Blaine ya no vive con su mamá.

—Eso es porque está viviendo con una bruja.

—¿Cómo? —preguntó su madre, confusa.

—Blaine me dijo que se lo había escuchado a su madre.

—Tim, me gustaría conocerte un poco mejor si te parece bien. Además, tu madre y yo seremos grandes amigos. ¿Verdad Lisi? —preguntó Philip.

—Oh, sí, desde luego.

—Bueno, ¿qué te parece? —volvió a preguntar él.

Tim dejó su tren a un lado y miró a su madre.

—¿Puedo tomar más chocolate, mamá?

La pregunta rompió la tensión del ambiente y Lisi y Philip estallaron en una carcajada. La madre del pequeño se sintió muy aliviada. Todo había pasado. Tim había aceptado a su padre y su padre se había salido con la suya.

Poco después, la joven se levantó para poner más leña en el fuego y observó a su ex amante y su hijo. Por lo visto, Philip sabía cómo tratar a los niños. Se puso a jugar con él e incluso le dio una vuelta a caballo por todo el salón. Tim estaba encantado, pero el ejecutivo miró a Lisi, dejó al chico en el suelo y preguntó:

—¿Estoy interrumpiendo alguna de tus rutinas, Lisi?

Lisi miró su reloj y asintió.

—Tim, es hora de tu baño. ¿Quieres hacerlo tú, Philip?

Philip estaba deseándolo, pero no le pareció oportuno hacer algo así la primera vez porque no quería que Lisi se sintiera desplazada.

—No, hazlo tú. Está acostumbrado a ti.

—¡Quiero que me bañe Philip! —protestó el pequeño.

—No puedo, tengo que hacer varias llamadas telefónicas...

Lisi llevó al niño al cuarto de baño y se preguntó a quién tendría que llamar Philip en pleno día de Navidad. Se dijo que tal vez tenía novia a pesar de lo que había afirmado, pero enseguida recordó que la había besado con apasionamiento y desestimó la idea. Después de lo sucedido con Carla, dudaba que quisiera encontrarse en una situación parecida por segunda vez.

En cualquier caso, no estaba dispuesta a permitir que la besara de nuevo, por mucho que lo deseara. Entre ellos había demasiado dolor, habían pasado demasiadas cosas.

Bañó al niño y acto seguido le puso un pijama y lo llevó a su cama.

—¿Te has divertido? —preguntó ella.

—Sí, mucho. ¿Philip va a volver mañana?

Philip acababa de entrar en la habitación y asintió con la cabeza.

El niño estaba medio dormido, pero Lisi tenía la costumbre de contarle un cuento todas las noches y comenzó a leer en voz alta *La cenicienta*. Minutos después, Tim ya estaba profundamente dormido. Pero a pesar de todo, se aseguró antes de salir.

Cuando regresó al salón, se sorprendió al ver que Philip había recogido todos los juguetes. El aspecto del lugar había mejorado bastante.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó ella.

—No, gracias, imagino que estarás cansada.

Una vez más, Lisi tuvo la impresión de que Philip llenaba por completo el lugar con su masculina presencia y su espectacular cuerpo.

—Ha salido bastante bien, ¿no crees? —preguntó ella.

—Sí. Gracias, Lisi...

—No podía hacer otra cosa. No me dejaste otra opción. Supongo

que si no se lo hubiera dicho habrías sido capaz de arrojarme a tus abogados.

Las bruscas palabras de la joven acabaron con el clima de cordialidad, pero no con el deseo que sentía Philip. Sabía que no debía hacerlo, pero algo lo empujó a extender un brazo y acariciar su cara.

Lisi se estremeció al sentir el contacto.

—Por favor, no lo hagas —susurró.

—Lo deseas tanto como yo.

—No...

A pesar de su negativa, Philip se inclinó sobre ella y la besó con un apasionamiento tan grande como el de la joven. Lisi se abrazó con fuerza a su antiguo amante, dominada por la pasión, y por un momento se preguntó por lo que podía suceder si se dejaba llevar. Pero se dijo que no podían hacer el amor allí, delante de la chimenea, porque Tim podía aparecer en cualquier instante. Y cuando se dio cuenta de lo que estaba pensando, reaccionó y se apartó.

—Lisi...

—¡No! No pienso acostarme contigo, Philip. Con la primera vez ya tuve suficiente.

—Será diferente.

—Cuando descubrí que estabas casado lo pasé muy mal. Pero pensé que lo habías hecho porque el deseo te había dominado.

—No entiendo adónde quieres llegar.

—A que ni siquiera te gustaba. Me utilizaste para satisfacer tus necesidades. Tu mujer estaba en coma y tú te sentías muy frustrado, ¿verdad? ¿No fue así, Philip?

—¡Por Dios! —dijo él, irritado—. Realmente sabes cómo clavar un cuchillo.

Philip recogió su chaqueta, caminó hacia la salida y abrió la puerta.

Lisi se sintió terriblemente mal por lo que acababa de decir. Quiso disculparse, pero él la miró con tal frialdad que no lo hizo.

—Si tenías intención de insultarme tan gravemente como para que no volviera a verte, has estado a punto de conseguirlo —dijo.

—Philip, yo...

—No, por favor, no digas nada más. No creo que pudiera

soportarlo. Pero déjame decirte que tu estrategia no va a servir de nada. Tim es mucho más importante que el odio que obviamente sientes por mí. Estoy aquí y pienso quedarme. Será mejor que te acostumbres.

Entonces, Philip se marchó sin despedirse.

Capítulo 9

Marian Reece apretó los labios y suspiró.

—Dios mío, quién sabe cuánto dinero se está gastando en esa mansión...

Lisi apartó la mirada del ordenador y vio a través de la ventana que acababa de pasar una furgoneta con el logotipo de una agencia de decoradores.

—Obviamente, está decorando la casa —dijo.

—¡Y de qué manera! Ha contratado a la mejor decoradora de Londres y ha conseguido traerla en plenas Navidades. Me sorprende que no estuviera ocupada.

—Seguramente lo estaba, pero imagino que Philip la habrá convencido con sus dotes de seductor.

—Vaya... detecto cierta ironía en tus palabras.

—En absoluto. O es eso, o está pagando mucho más de lo habitual.

—Yo me decantaría por la última explicación —dijo Marian—. Estamos en enero y ya ha conseguido transformar la casa. Nunca he visto a constructores que trabajaran tan bien y tan deprisa.

—No, es cierto.

—¿Qué tal van las cosas entre vosotros?

—No hay un nosotros, así que no van de ninguna manera. Nuestra relación se limita a Tim.

—Bueno, ¿y es una relación amistosa?

Lisi suspiró. Philip había estado tres veces más en la casa, pero la situación entre los dos adultos había sido algo tensa. En cambio, Tim estaba encantado con su padre. De hecho, había empezado a llamarlo papá casi de inmediato, y cuando Lisi lo escuchó por primera vez, le dijo:

—No tienes que llamarlo papá si no quieres. A Philip no le importará que lo llames por su nombre, estoy segura.

El niño no dijo nada, pero obviamente lo recordó, porque poco tiempo después Philip se acercó a ella, muy enfadado.

—¿Le has dicho a Tim que no me llame papá?

—No, yo no he dicho eso.

—Pues eso es lo que me ha dicho a mí.

—Sencillamente le sugerí que te llamara Philip si no quería llamarte de ese modo. Todavía es pronto y hasta que...

—Comprendo —la interrumpió—. No quieres que me llamé papá hasta que tú lo decidas. ¿Y eso cuándo será? ¿En un futuro lejano? ¿Nunca?

—Solo pretendía que no se sintiera obligado a...

—¿Obligado por mí?

—¡No, por nadie! Es que es muy pronto para que empiece a llamarte papá.

—¿Lo crees de verdad o es que te sientes amenazada, Lisi?

—¿Amenazada? ¿Yo?

—¡Sí, tú! No quieres compartirlo conmigo. Quieres todo su amor.

—¡No digas tonterías! Estaba pensando en él, exclusivamente.

—Eso es lo que dices tú, pero querrías que estuviera tan lejos de ti como fuera posible. Pues bien, será mejor que no utilices al niño en nuestros pequeños desacuerdos personales.

Cuando Lisi volvió al presente, Marian aún estaba mirándola, esperando una respuesta.

—No, no es una relación muy amistosa —confesó.

—Pues deberías hablar con él sobre ese asunto.

Antes de que Lisi pudiera decir nada, sonó el teléfono y tuvo que contestar.

—Agencia Homefinders, ¿en qué puedo ayudarlo?

—¿Lisi? Soy Philip.

—Hola, Philip. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Estoy en la casa.

—¿Aquí? ¿Estás en el pueblo?

—Si, llegué esta mañana. Están decorando la mansión y me preguntaba si tendrías media hora libre.

—¿Para qué?

—He pensado que tal vez quisieras elegir los colores de la habitación de Tim.

—¿De la habitación de Tim? —preguntó.

—Sí, claro. En el futuro necesitará una habitación para él solo...

—Mira, Philip, creo que tenemos que hablar. Pero no podemos hacerlo por teléfono.

—Entonces, ven a la mansión.

—Estoy trabajando.

—¿No decías que Marian te debe unas horas libres?

—Está bien, se lo pediré, pero no te prometo nada.

—Bueno, tú verás. Eres tú quien quiere hablar.

Lisi colgó el teléfono. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Era Philip, supongo —dijo Marian.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Los clientes normales no suelen dejarte como si el mundo hubiera caído sobre tu cabeza.

—Marian, ¿podría tomarme media hora libre? Tengo que hablar con él.

—Por supuesto, querida. Por cierto, ¿has pensado en la posibilidad de consultar la situación con un abogado?

Lisi negó con la cabeza.

—No tiene sentido, para qué. Philip no se está comportando mal, y Tim lo adora. Además es su padre. El problema no es ese. El problema está en la relación que mantenemos él y yo.

—Está bien. Tómate todo el tiempo que necesites.

Lisi salió de la oficina y se dirigió a la vieja mansión, de la que no dejaban de entrar y salir una increíble cantidad de albañiles, fontaneros, carpinteros y un sinfín de trabajadores. En cuanto vio la fachada, se quedó sin aliento. No sabía qué estaría haciendo Philip en el interior de la casa, pero el exterior demostraba que tenía muy buen gusto. Habían cambiado las ventanas y la puerta principal y habían pintado la mansión de un tono gris claro y pálido, muy elegante. Además, y a juzgar por el maravilloso aspecto del jardín, era evidente que también había contratado a varios jardineros.

Pero la mayor impresión se la llevó al entrar. Lo había redecorado todo y los suelos de madera brillaban de un modo increíble.

—¿Philip? —preguntó, en voz alta.

—Sube, estamos arriba...

Lisi se preguntó con quién estaría y se estremeció al comprobar que la voz procedía de su antiguo dormitorio. De inmediato se preguntó si lo había elegido para Tim a sabiendas o si era simple

coincidencia.

Cuando entró en la habitación se llevó otra sorpresa. Philip estaba con la diseñadora, que resultó ser muy distinta de lo que había imaginado. Suponía que sería una mujer atractiva, pero no hasta semejante extremo. Era una rubia tan bella que ni llevaba maquillaje ni lo necesitaba. Vestía con tal elegancia que pensó que, a su lado, debía de parecer muy poco interesante.

Philip sonrió al verla.

—Hola, Lisi. Te presento a Tricia Brady. Me está ayudando con la decoración.

—Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo —dijo Tricia—. Te estrecharía la mano, pero tengo los dedos helados. Le he rogado a Philip que encienda la calefacción, pero no quiere.

—Claro que no. Si la casa se calienta, los trabajadores trabajarán más despacio. El frío es más útil para trabajar. Pero volviendo al asunto de la decoración, Lisi es la madre de mi hijo y he pensado que podría darte algunas ideas sobre colores y materiales.

Lisi se acercó a la diseñadora, que llevaba varios muestrarios de telas.

—¿Puedo verlos? —preguntó.

—Por supuesto.

—¿Habíais pensado algún color para las paredes? —preguntó Lisi.

—Bueno, podríamos poner un tono claro —respondió Tricia—. ¿Qué te parece a ti, Phil?

Lisi se estremeció. La diseñadora acababa de llamarlo «Phil» como si lo conociera de toda la vida. Ni siquiera ella lo había llamado nunca de un modo tan familiar.

—A mí me gusta el amarillo —dijo entonces Lisi.

—Es perfecto. Luminoso y positivo. La habitación quedará muy bien. ¿Quieres el mismo tono que tienes en tu salón de Londres, Phil, o prefieres algo distinto?

—No sé, tal vez algo más brillante —dijo él.

Lisi caminó hacia la ventana a la que tantas veces se había asomado en su infancia. Tenía la costumbre de sentarse en el alféizar y pasar horas allí, contemplando el paisaje.

—¿Qué os parece si vemos ahora el dormitorio principal? —

preguntó Tricia.

—Dejémoslo mejor para otro momento, Trish. Tengo que hablar con Lisi.

—De acuerdo. Llámame cuando quieras y lo discutiremos. Ah, y encantada de conocerte, Lisi.

Las dos mujeres se despidieron y cuando la diseñadora cerró la puerta al marcharse, Philip se volvió hacia su ex amante y susurró:

—Lisi...

Ella lo miró y pensó que lo deseaba. Siempre lo había deseado y siempre lo haría. Además, estaba atado a Tim y eso significaba que también lo estaba a ella.

Philip notó el extraño brillo en su mirada, como si deseara arrojarse en sus brazos, y la maldijo en silencio. Aquello no tenía sentido, sobre todo después de que le hubiera dejado bien claro que no quería mantener ninguna proximidad física con él. La miró, pero ella no apartó la mirada.

—¿Tricia es solamente tu diseñadora? —preguntó entonces, sin previo aviso.

El ejecutivo supo de inmediato que estaba celosa.

—¿Y qué si lo es?

—Contesta a la pregunta.

—¿Qué sucede, Lisi? ¿No te gusta que tenga amigas?

—¡No! —exclamó, antes de poder evitarlo.

—¿Por qué no?

—Sabes muy bien por qué.

Philip lo sabía. Bastaba mirarla para saberlo. Otros hombres se habrían sentido profundamente atraídos por Tricia, pero él solo deseaba a Lisi.

—Ven aquí —ordenó con dulzura.

Lisi olvidó su orgullo y caminó hacia él deseando que la abrazara, pero no lo hizo. No directamente. Se limitó a observarla con sonrisa de depredador.

—¿Qué quieres, Lisi? Dímelo.

—¿Es que no lo sabes?

Philip pensó que ya había esperado demasiado tiempo. Le apartó un mechón de la cara y la abrazó. Podía sentir su aliento en la piel.

—¿Estás celosa de Tricia?

—Sí —susurró ella.

Entonces, Philip rio y la besó. Ella se aferró a sus hombros mientras él sentía los senos de la joven contra su pecho. Lisi sabía exactamente lo que estaba haciendo y quiso detenerlo, pero cuando sintió el contacto de sus manos en sus senos, supo que estaba perdida.

—Philip…

—¿Qué?

—Philip, Philip, Philip…

Philip le quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo. Después, desabrochó la blusa de la joven y se estremeció al contemplar sus pechos, grandes y cubiertos por un sostén que había visto mejores tiempos. Pero la prenda no le importaba en absoluto.

Pasó una mano por detrás de su espalda y desabrochó el sostén, dejándola desnuda de cintura para arriba. Después, se inclinó y lamió uno de sus pezones mientras le bajaba la cremallera de la falda. En la habitación hacía frío, pero Lisi sintió un inmenso calor.

No tardaron mucho en desnudarse por completo. En aquel instante, a Lisi no le importaba nada salvo lo que la esperaba en su futuro más inmediato.

—¿Sigues tomando la píldora? —preguntó él.

—No, ya no.

Entonces, él sacó un paquete de preservativos de un bolsillo y dijo:

—Quiero que me lo pongas, Lisi.

Lisi bajó la mirada y pensó que no podía hacerlo, no la primera vez después de tanto tiempo. Le parecía demasiado íntimo.

—Hazlo tú.

Philip se lo puso y de inmediato gimió, desesperado.

—¿Qué ocurre?

—Que todavía no hay ninguna cama en la casa…

Entonces, la tomó entre sus brazos, y la apoyó en una pared alejada de la ventana, con las piernas alrededor de su cintura.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—¿Qué crees que estoy haciendo?

—Oh, Philip…

Philip entró en ella de improviso y Lisi gimió. Él tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por controlarse. Estaba demasiado excitado.

—Dime lo que sientes, Lisi…

Lisi no dijo nada. No sabía cómo expresarlo.

—¡Dímelo! —ordenó.

—Es como...

—¿Cómo, Lisi?

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas, pero no de tristeza, sino de pura emoción. Aquello confundió mucho a Philip y estuvo a punto de detenerse para secar sus lágrimas. Sin embargo, en aquel momento sintió llegar su orgasmo y aumentó el ritmo, asombrado por la intensidad del placer.

Segundos, o tal vez minutos más tarde, la besó en la cabeza.

—Estás helada, será mejor que te vistas...

Lisi asintió y se apoyó en su pecho. Podía sentir los latidos de su corazón, que poco a poco bajaban de cadencia.

En cuanto a Philip, se dijo que podría haber seguido así todo el día, dentro de ella, y supo que si uno de los dos no reaccionaba pronto volvería a excitarse de nuevo y harían otra vez el amor.

—Has actuado como si realmente lo necesitaras... —dijo él.

—Había pasado mucho tiempo.

—¿Cuánto?

—Desde que estuve contigo.

Philip la miró con ojos entrecerrados.

—¿Lo dices en serio?

—No hay razón para mentir, Philip.

—Me halagas...

Decepcionada por su reacción, puso los pies en el suelo y dijo:

—Tengo que volver al trabajo.

—Ya hay agua caliente. Si quieres ducharte puedes utilizar el cuarto de baño del dormitorio principal. Está en...

—Philip, te recuerdo que viví muchos años en esta casa. Esta es mi antigua habitación, y pronto la ocupará Tim, y nosotros acabamos de...

—¿De hacer el amor en ella?

—Sí.

—Lisi, no hay nada malo en lo que hemos hecho. Es tan natural como la vida. Aunque vaya a ser la habitación de Tim, no pasa nada. ¿Qué sucede? ¿Es que te arrepientes de haber hecho el amor conmigo?

—Un poco —confesó—. ¿Y tú?

Philip se encogió de hombros mientras se ponía los zapatos.

—Arrepentirse no tiene sentido. Era inevitable que sucediera.

—No te comprendo.

—Yo creo que me comprendes muy bien. ¿No crees que ambos lo necesitábamos? Teníamos que librarnos de la tensión que había entre nosotros.

—Haces que parezca tan....

—¿Tan qué?

—Tan funcional.

—A veces el sexo lo es. No siempre es una historia de románticas velas encendidas y olor a rosas... Pero ¿por qué has cambiado de idea? ¿Ya no me odias? ¿O ha sido una reacción de celos, porque piensas que mantengo una relación muy intensa con Tricia?

—¿La mantienes? No contestaste a mi pregunta.

—¿Crees que habría hecho el amor contigo de mantener una relación con Tricia? —preguntó, enfadado.

—No, supongo que no —acertó a responder.

—Bueno, es un alivio saberlo. Gracias.

Lisi terminó de vestirse y se puso la chaqueta.

—Tengo que marcharme, Philip, pero quiero hacerte una pregunta. ¿Qué te empujó a hacerme el amor? No me refiero hace un rato, sino la primera vez. ¿Fue una simple cuestión de deseo?

Durante mucho tiempo, Philip había pensado que solo había sido deseo, pero ahora sabía que no era así.

—No lo sé, Lisi.

Aquella no era la respuesta que estaba esperando la joven, pero era mejor que nada y se dio por satisfecha.

—Escucha...

—¿Sí? —preguntó ella.

—¿Puedo ir a la guardería más tarde, cuando vayas a recoger a Tim?

Ella asintió e hizo un esfuerzo por sonreír.

—Por supuesto que puedes.

Capítulo 10

Marian miró a su empleada, sonrió y dijo:

—Al teléfono, Lisi. Es Philip.

Lisi levantó el auricular y pensó que no era necesario que Marian anunciara su nombre. Por su expresión, ya sabía que era él. Su jefa parecía creer que las cosas se habían arreglado entre ellos, y la joven se dijo que tal vez daban esa impresión a los demás. Philip visitaba Langley casi todos los fines de semana y los llevaba al zoológico o a pasear por los parques o por el campo.

Hasta había empezado a enseñar a jugar al fútbol a Tim, y ella estaba encantada con la intensa relación que se había establecido entre padre e hijo. Sin embargo, no habían vuelto a hacer el amor. Temía que la última vez hubiera sido todo lo que él necesitaba, que solo hubiera querido amarla una vez más para expulsar el deseo de su cuerpo y seguir con su vida.

En todo caso no podía hacer otra cosa que asumirlo y respetarlo, aunque lo deseara apasionadamente y pasara las noches en vela pensando en él. Además, hacer el amor con él complicaba tanto las cosas que se sentía terriblemente confusa.

—Hola —dijo él.

—Hola. ¿Cómo va todo en la gran ciudad?

—Ya sabes cómo es Londres. Un lugar tenso, lleno de gente, muy competitivo. ¿Quieres que siga con la descripción?

—No es necesario, creo que me hago una idea.

—Me preguntaba si tienes libre el sábado.

—¿El sábado? Sí, ¿por qué?

—Me han invitado a un baile y me gustaría ir. Suelen ser bastante divertidos. ¿Te apetece acompañarme?

—¿Como tu invitada?

—Claro, no va a ser como mi chófer —bromeó.

—No sé si podré encontrar a alguien que cuide de Tim. Y además, no sé si quiero dejarlo aquí y marcharme a Londres.

—No será necesario. Me gustaría que lo trajeras. Además, una

vieja amiga se ha ofrecido voluntaria para cuidarlo, así que no hay problema si a ti te parece bien.

—De acuerdo, en tal caso iré.

—Magnífico. Pero quiero que te compres algo.

—¿Algo?

—Me refiero a un vestido para el baile. Algo bonito, lo que te guste.

—¿Qué sucede? ¿Temes que me ponga algo inadecuado y te deje en ridículo?

Philip suspiró.

—No pretendía insinuar nada parecido —protestó—. Además, sería mi regalo de Navidad. No te compré nada.

—No, gracias, estoy segura de que podré comprarlo con mi propio dinero.

—Está bien, como quieras. Enviaré un coche el sábado por la tarde, hacia las tres, para que pase a recogeros. ¿Te parece bien?

—Puedo ir en tren.

—Sí, ya lo sé, pero no es necesario. Y por otra parte, seguro que a Tim le encantará viajar en un enorme y lujoso coche. Bueno, ¿qué te parece? ¿A las tres está bien?

—De acuerdo, estaremos preparados para entonces. Hasta luego...

Cuando colgó el teléfono, Marian la estaba observando.

—Y bien, ¿qué ha sucedido?

—Nos ha invitado a los dos a ir a Londres. Va a enviar un coche a recogernos, dejará a Tim al cuidado de una amiga y después me llevará a un baile.

—¡Qué maravilla! Y yo que pensé que eran malas noticias... ¿Por qué tienes esa cara tan larga? Ninguna mujer en su sano juicio rechazaría semejante invitación.

—Sí, bueno, supongo que será divertido —dijo, sin ningún entusiasmo.

Aquella noche, cuando Tim ya se había quedado dormido, Lisi abrió su armario y buscó algo apropiado para la fiesta. Tenía dos vestidos largos, pero uno lo había usado durante su embarazo y ahora parecía una tienda de campaña, y el otro, estaba pasado de moda.

Al día siguiente, Rachel, Tim, Blaine y ella fueron de compras a

la cercana localidad de Bilchester, pero no encontraron nada que le gustara. Y lo que le gustaba era tan caro que superaba su presupuesto.

—¿Por qué no lo alquila? —sugirió una dependienta.

Lisi se encogió de hombros.

—No, quiero comprar algo que pueda pagar.

—A veces está bien ponerse cosas bonitas... ¿Ha probado a buscar en las tiendas de segunda mano? Hay dos en Bilchester. Yo misma compro mi ropa allí, porque a veces se encuentran cosas increíbles y muy baratas.

—Una gran idea —dijo Lisi, sonriendo—. Gracias.

En una de las dos tiendas que le habían recomendado encontró lo que estaba buscando. Era un precioso vestido negro y sin mangas, que parecía completamente nuevo, como si su dueña lo hubiera vendido nada más comprarlo.

—Es bonito, ¿verdad? —preguntó la dependienta.

—Sí, lo es. ¿Puedo probármelo?

—Desde luego, pero no sé si le va a quedar bien. La cintura es muy estrecha.

Lisi se lo probó. Le quedaba perfectamente, pero tan ajustado que dijo:

—No sé si podré comer algo con él.

—Dudo que comas algo —dijo su amiga—. Con el aspecto que tienes, todo el mundo querrá bailar contigo y no dejarán que te alejes de la pista de baile.

Por fin llegó el sábado y el coche apareció a las tres en punto, tal y como había prometido Philip. Era un vehículo realmente lujoso, conducido por un chófer uniformado, y Tim se divirtió mucho.

En cambio, ella estuvo a punto de arrepentirse y de pedirle al chófer que diera media vuelta cuando llegaron a la casa de Philip, en Hampstead. Sabía que Philip era rico, pero no que lo fuera tanto, y se sintió muy incómoda.

—¡Es una casa enorme, mamá! —exclamó el niño, encantado.

Cuando llegaron a la puerta de la mansión, Lisi estaba muy nerviosa. Y antes de que pudiera llamar, el propio Philip abrió. Estaba muy atractivo. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey de cachemir azul.

—No sabía si finalmente vendrías —dijo el.

—Me alegra saber que me consideras imprevisible.

Los tres entraron en la casa y poco después tomaron té y pastas en una de las múltiples salas.

—¿Quién va a cuidar de Tim esta noche? —preguntó ella.

—Es una sorpresa.

—No sé si me gustan las sorpresas.

—Está bien, te lo diré. Khalim se encargará de él.

—¿Khalim? ¿El príncipe?

—Sí, y su esposa Rose.

Lisi no podía creer que un príncipe y una princesa fueran a cuidar de su hijo.

—Desde luego, no creo que lo hagan por dinero —bromeó ella.

Philip sonrió.

—¿Y qué puedo decirles? —preguntó Lisi.

—Lo que le dirías a cualquier otra persona. Sé tú misma.

—No entiendo por qué quieren pasar un sábado cuidando del niño de alguien que no conocen.

—Ten en cuenta que ellos están acostumbrados a fiestas y bailes y en realidad solo quieren un poco de normalidad, un lugar donde se puedan relajar un poco.

Después de tomar el té, Philip los llevó a la habitación donde iba a dormir Tim. Obviamente, la había llenado de juguetes y decorado con todo tipo de carteles en su honor.

—Lo mimas demasiado —dijo ella.

—Es posible, pero sígueme y te enseñaré tu habitación. Es la contigua, para que no estés lejos de Tim.

La habitación resultó sorprendentemente pequeña y acogedora, con una chimenea que estaba encendida.

—Sé que te gusta el fuego y es la única habitación de la casa con chimenea, además de la mía.

Lisi miró su reloj y dijo:

—Tal vez debería vestirme. ¿A qué hora tenemos que estar allí?

—A las siete y media.

—Entonces estaré preparada a tiempo. No te preocupes, no te haré esperar.

Lisi se duchó, se maquilló, se secó el pelo y se lo recogió, y acto seguido intentó ponerse el vestido, pero no pudo. No conseguía subir la cremallera. Así que no le quedó más opción que llamar a

Philip.

—¡Philip! ¿Podrías ayudarme con la cremallera?

—Ya voy...

Philip ya se había vestido. Llevaba un esmoquin que le quedaba muy bien.

—Me queda tan estrecho que no me lo puedo poner...

El amante de la joven se acercó por detrás y sintió una súbita ola de deseo al observar que no llevaba sostén y que sus senos solo estaban cubiertos por la fina seda del vestido. Le subió la cremallera con sumo cuidado, casi como si le quemara. Deseaba desnudarla y hacerle el amor, pero no podían en aquel momento, y mucho menos con Tim en la casa.

—Gracias —dijo ella.

Minutos más tarde, cuando salió de la habitación, escucharon el ladrido de un perro.

—¿Tienes perro? —preguntó ella.

—No, es de la gente de Khalim. Tienen perros para patrullar los alrededores y un par de guardaespaldas en la parte delantera de la casa.

—Vivir así debe de ser muy difícil. Nunca podrán estar solos.

—Se tienen el uno al otro, y se aman. Por cierto, estás preciosa.

Llevaron a Tim al piso inferior, le dieron de cenar y lo dejaron con un vaso de leche mientras veía uno de los vídeos que su padre le había comprado. Lisi miró a Philip y pensó que había hecho un verdadero esfuerzo para conseguir que el pequeño se sintiera como en casa.

Khalim y Rose llegaron a la hora prevista.

—¿Tengo que hacer una reverencia o basta con una inclinación? —preguntó Lisi

—Cualquiera de las dos cosas servirá.

Por fin, los príncipes aparecieron ante ellos. Él era un atractivo hombre de ojos negros, y ella, una exquisita princesa rubia.

—Así que tú eres Lisi —dijo Rose, con una sonrisa—. Y tú debes de ser Tim...

Tim se inclinó para saludarlos, tal y como le habían dicho sus padres, y los príncipes rieron.

—Es un encanto —dijo Rose.

—Se parece mucho a ti, Philip —declaró Khalim—. Tiene tu

perfil y el precioso color de piel de su madre.

—Espero que haya heredado las virtudes de Lisi y que se parezca más a ella que a mí —dijo Philip.

Entonces, Rose miró a su esposo y dijo:

—Khalim, ¿te importaría traerme un té con menta? Ah, y llévate a Philip y a Tim contigo.

—¿Has visto, Philip? Sigue con la costumbre de darme órdenes —bromeó el príncipe.

—Sí, ya lo veo.

Cuando los hombres se marcharon, Rose hizo un gesto a Lisi para que se sentaran en el sofá.

—Philip me ha hablado mucho de ti —declaró la mujer.

—¿Sí? ¿Y qué te ha dicho?

—Que eres preciosa y una madre ejemplar.

Lisi la miró con inseguridad.

—Puedes hablar con completa confianza —continuó Rose—. Entre nosotras no tenemos que guardar las formas.

—¿Te ha contado...?

—No me ha contado nada que no desearas que me contara —explicó—. Ya sé que las circunstancias del nacimiento de Tim no fueron las ideales, pero mi relación con Khalim tampoco empezó muy bien. El amor es así. Está lleno de obstáculos. Pero dime una cosa... ¿el parto es tan duro como dicen?

—No sé, es diferente para cada una. Algunas mujeres lo encuentran más fácil que otras.

—¿Y tú? ¿Cómo fue?

—En mi caso es distinto, porque lo tuve sola. No tuve a nadie que me tomara de la mano y me dijera que todo iba a salir bien.

—Yo también estaré sola. El ceremonial de Maraban impide que Khalim entré en la habitación, así que tendré a mi hijo con mis hermanas y mis damas de compañía.

—En tal caso, practica técnicas de relajación y de respiración. Son muy útiles.

Rose asintió.

—Lisi, sabes que Philip puede llegar a ser muy duro consigo mismo, ¿verdad?

Lisi no entendió lo que quería decir, pero no tuvo ocasión de preguntarlo porque en aquel momento se abrió la puerta y

aparecieron los dos hombres y el niño.

Al cabo de un rato, un coche pasó a recoger a Lisi y a Philip. Acababan de subir al vehículo cuando ella preguntó:

—¿Sabías que Rose está embarazada?

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí. Pareces sorprendido.

—Desde luego que lo estoy. No suele contar cosas de sí misma a nadie y mucho menos en tan poco tiempo.

—No es exactamente que me lo haya confesado. Se podría decir que lo he adivinado.

—Me alegro por ellos. Están muy enamorados.

—Siento curiosidad por una cosa, Philip. ¿Por qué me has invitado a ese baile? ¿Es que tu acompañante te dejó plantado a última hora?

—Tienes la fea costumbre de imaginar lo peor de mí. Y te equivocas. Te invité porque pensé que te gustaría.

—¿Por eso, o porque querías reírte un poco de una chica de pueblo en la gran ciudad?

Philip hizo caso omiso de la ironía.

—Te puedo asegurar que estas deslumbrante.

—¿Eso es un cumplido?

—Sí, y deja de fruncir el ceño o envejecerás antes de tiempo. Intenta sonreír un poco. Además, ya estamos llegando…

El lugar donde se daba la fiesta era precioso y estaba lleno de gente muy elegante, pero Lisi no se sintió fuera de lugar, porque Philip no se separó de ella en toda la noche.

Bailaron, comieron y Philip le presentó a todo tipo de gente. Poco después de medianoche, cuando la fiesta estaba en su apogeo, se encontraban bailando un tema lento en la pista. Lisi no quería apartarse de sus brazos y parecía que él no tenía la menor intención de dejarla marchar. Era una situación tan romántica que Lisi quiso apoyar una vez más la mejilla en su hombro y aspirar su masculino aroma.

—¿Lisi?

—¿Sí?

—Hay algo que quiero decirte.

Lisi lo miró y supo que no iba a ofrecerle, precisamente, algo de beber.

—¿De qué se trata?
—¿Quieres acostarte conmigo esta noche?

Capítulo 11

Quiero mucho a Khalim y a Rose, pero pensé que nunca se marcharían —susurró Philip mientras cerraba la puerta del dormitorio.

En parte, Lisi deseaba que no se marcharan nunca. Durante el camino de vuelta a la casa había estado muy nerviosa. Ni siquiera podía creer que le hubiera pedido algo así. Era como un sueño, pero a fin de cuentas era lo que había estado deseando durante tantos años. En cuanto a él, su cercanía lo excitaba tanto que de buena gana le habría hecho el amor en el coche.

—Lisi, ¿has cambiado de idea?

—No.

—Entonces, ¿estás asustada?

—Un poco.

—Pues no lo estés. No hay nada que temer.

Philip tomó sus manos y besó uno a uno sus dedos, hasta que Lisi sintió que su tensión desaparecía. Después, le quitó las horquillas de diamantes con las que se había recogido el cabello y dejó que cayera sobre sus hombros.

—No tenemos que hacerlo si no quieres, Lisi. Pero pensé que lo deseabas tanto como yo.

—Y es cierto, lo sabes. Es que...

—¿Qué?

—No te has acercado a mí en varias semanas y llegué a pensar que ya no me deseabas. ¿Por qué has cambiado ahora de opinión?

Philip la miró con incredulidad. No podía creer que realmente pensara que no la deseaba. Al parecer era todo un genio en el arte de ocultar los sentimientos.

—Siempre te he deseado, Lisi, pero parece que nuestra pasión siempre se enfrentaba a algún tipo de obstáculo. Además, no quería que hiciéramos el amor en tu casa por miedo a que Tim se despertara.

—Eso no tiene sentido. Ahora está durmiendo en la habitación

contigua…

—Sí, pero las paredes de esta casa son mucho más anchas.

Lisi pensó que no debía sentirse ofendida por aquel comentario. Philip se limitaba a constatar un hecho, no pretendía hacer comparación alguna entre su pequeña casa y aquella gran mansión.

—Quiero hacerte el amor con cuidado, de forma apropiada —susurró él, mientras acariciaba sus labios.

—Hasta ahora no tengo queja. Al contrario. Me divierto mucho cuando me haces el amor de forma inapropiada —bromeó ella.

—Mejor que mejor, ¿no te parece?

—Mmm…

—¿Quieres que te desnude, cariño?

Ella asintió y se estremeció cuando él bajó la cremallera del vestido y dejó desnudos sus senos.

Philip se inclinó y lamió suavemente sus pezones mientras empujaba el vestido hacia abajo, hasta que quedó tendido en el suelo. La quería completamente desnuda, para que nada salvo la piel se interpusiera entre ellos.

Le quitó las ligas y después se tomó su tiempo, deliberadamente, para hacer lo propio con las medias. Fue bajándolas muy despacio, centímetro a centímetro. Deseó lamer su sexo, pero prefirió esperar porque sabía que si lo hacía en aquel momento acabarían haciendo el amor en el suelo.

La tomó en sus brazos, la llevó a la cama y la tapó con el edredón, de tal modo que solo podía ver su preciosa nariz, sus ojos azules y su cabello negro sobre la almohada.

—¿Quieres que me desnude ahora? —preguntó él.

—Sí.

Philip se quitó la camisa, se quitó los pantalones y se liberó acto seguido de sus calzoncillos. Después, permaneció un momento de pie, sin hacer nada, como si quisiera que Lisi viera el efecto que tenía en él, pero enseguida se metió en la cama y la abrazó.

Lisi estaba temblando y ni los besos ni las caricias consiguieron que se tranquilizara.

—¿Qué sucede, amor? —preguntó él.

Entonces vio que sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían casi negros. Respiraba rápidamente, casi jadeando, y cuando introdujo una mano entre sus piernas pudo notar su cálida

humedad. Hasta entones había tenido la intención de tomarse las cosas con calma, pero estaba tan obviamente excitada que se dijo que dejarían la calma para más tarde. Al fin y al cabo tenían toda la noche por delante.

—¿Recuerdas la última vez que lo hicimos, en tu antigua casa?

—No podría olvidarlo.

—¿Y recuerdas que dijiste que no habías tenido ningún amante desde que te acostaste conmigo?

—Sí.

—Pues a mí me sucedió lo mismo. No hubo nadie más, Lisi. No ha habido nadie más.

Lisi tardó unos segundos en reaccionar, y cuando lo hizo, lo abrazó con fuerza.

—Oh, Philip...

Aquella noche, Lisi perdió la cuenta de sus orgasmos. Lo último que recordaba era que se había quedado dormida cuando empezaba a amanecer. Philip la despertó a las seis y volvieron a hacer el amor, y estaba pensando en levantarse antes de que Tim se despertara cuando notó que alguien llamaba a la puerta.

—¿Papá?

Los dos adultos se quedaron helados, pero ambos supieron que no había forma alguna de disimular en semejante situación. Así que Lisi hizo un gesto a su amante para que hiciera lo único que se podía hacer.

—Sí, estoy aquí, entra...

La joven casi esperaba que Tim se asustara, pero no fue así. Corrió hacia la cama, los miró y dijo:

—¡Vaya! Sois como el padre y la madre de Simón...

Lisi no sabía si reír o llorar.

—¿Por qué no bajas y dibujas algo para mí? —preguntó Philip —. Bajaré enseguida y te prepararé un zumo de naranja mientras hago el café para tu madre.

—Pero mamá toma té por las mañanas.

—Entonces, haré té.

—¡De acuerdo!

El niño se marchó corriendo y Philip dijo:

—Ha sido más fácil de lo que esperaba.

—¿Esperabas que nos descubriera en la cama?

—Bueno, tenía que ocurrir más tarde o más temprano. Y al menos, esto facilita las cosas.

—¿Qué pretendes decir?

Philip la miró con intensidad.

—¿Qué pensarías si te digo que pienso marcharme a vivir a Langley?

—No te comprendo...

—Me gusta mucho tu antigua casa y detesto ver a Tim únicamente los fines de semana cuando podría verlo todos los días.

—Continúa.

—He decido vivir allí.

—¿Y qué hay de tu negocio?

Philip le apartó un mechón de cabello de la cara y respondió:

—Gracias a las nuevas tecnologías ahora puedo trabajar desde donde quiera. Y por otra parte, voy a comprar la empresa de Marian Reece.

—¿Qué has dicho?

—No me mires así, Lisi...

—¿Que no te mire así? ¿Cómo es posible que no me hayas dicho hasta ahora que vas a convertirte en mi jefe? —preguntó enfadada —. ¿Y qué pasará con Marian?

—Al parecer, estaba pensando desde hace tiempo en la posibilidad de vender la empresa.

—Sí, claro, pero supongo que en cualquier caso le has hecho una oferta que no ha podido rechazar.

—Sí, es verdad, pero a fin de cuentas necesito tener una base en Langley.

—Y ahora dirás que vas a echar a nuestros empleados y que vas a llevar a tu propia gente. Aunque bien pensado, tal vez debería presentar mi dimisión ahora mismo. ¿Has pensado en lo que significaría que trabajáramos juntos?

—No voy a echar a nadie y no voy a hacer nada que no quieras que haga, Lisi. Solo esperaba pasar más tiempo contigo.

—¿Solo porque así podrás ver más a Tim?

—Por eso y por ti. Si es que te parece bien mi siguiente propuesta, claro está.

—¿De qué clase de propuesta estamos hablando?

Philip había imaginado mil veces lo que iba a decir, pero en

aquel momento no encontraba las palabras adecuadas.

—He pensado que Tim y tú podríais venir a vivir conmigo a mi nueva casa.

—¿Cómo?

—No es lógico que tengamos dos casas en la misma localidad, cuando los tres mantenemos una relación tan buena. Además, lo de esta noche ha demostrado algo.

—¿A qué te refieres?

—Ha demostrado que somos compatibles en muchos sentidos.

Lisi se dijo que aquello pretendía ser un cumplido, pero se sintió incómoda porque pensó que lo único que sentía por ella era deseo. Hasta consideró la posibilidad de que todo lo sucedido hubiera sido una estrategia por su parte, para asegurarse de que no le negaría nada. Por un momento, estuvo tentada de rechazar la oferta y decir que prefería lo que ya tenía, pero de haberlo hecho habría mentido. Estaba loca por él, y dispuesta a aceptar cualquier cosa que le ofreciera.

—¿Y bien? ¿Qué me dices, Lisi? ¿Vendréis a vivir conmigo?

Lisi se dijo que era lo mejor para Tim. Pero no se engañó. También lo hacía por ella misma.

—Sí, Philip —respondió con tranquilidad—. Iremos a vivir contigo.

Capítulo 12

No quiero, mamá!

—Pero necesitas zapatos nuevos, lo sabes, y además vas a conocer a los padres de Philip el fin de semana. Querrán verte guapo, ¿no crees?

—Es verdad, los abuelos... —dijo con alegría.

Lisi suspiró. Tenía la impresión de que todo estaba sucediendo muy deprisa. Pocos meses antes estaba sola con su hijo y ahora vivían con Philip e iban a conocer pronto a sus padres y a sus tíos.

La mudanza a la mansión había resultado bastante más fácil de lo que había imaginado, porque a fin de cuentas era su casa de toda la vida. Suponía que para los demás parecían una familia normal y corriente, pero ella sabía que no era así. Era la madre de Tim, pero solo la amante de Philip.

Él le hacía el amor siempre que podía y Lisi no tenía la menor queja al respecto. Era cálido y muy cariñoso. Sin embargo, ambos mantenían sus defensas en alto.

Philip había convencido a Marian para que siguiera trabajando en la empresa en calidad de asesora, pero solo trabajaba por las mañanas. Habían contratado a dos personas más, el negocio iba mejor que nunca y Lisi había ascendido al cargo de gerente.

—No puedo aceptarlo —protestó ella, cuando le ofreció el puesto—. Todo el mundo pensará que es nepotismo.

—Entonces, todo el mundo se equivocará. Has trabajado muchos años en esa empresa y eres muy buena y lo sabes. Te lo mereces, Lisi, así que disfrútalo.

Y en realidad, Lisi estaba muy contenta. Sobre todo en las escasas ocasiones en las que Philip aparecía por la oficina. No había exagerado al decir que mantendría las distancias en el trabajo y que no se interpondría en su camino. Cuando no estaba trabajando en la mansión, se encontraba de viaje por las localidades de la zona.

Todo iba tan bien como podía ir y ella estaba decidida a disfrutar de lo que tenía. Pero la perspectiva de conocer a sus

padres la puso nerviosa. Quería darles una buena impresión y eso implicaba comprar ropa y zapatos nuevos a Tim.

—¿Qué te parece si dejamos una nota a papá? —preguntó ella —. Puedes escribirla tú mientras yo pongo una lavadora antes de marcharnos.

El niño obedeció y escribió que se habían marchado a Bilchester para comprarle unos zapatos nuevos. Pero acababan de subir al coche cuando Tim exclamó de nuevo:

—¡No quiero ir!

—Está bien, haremos una cosa. Llamaré a Rachel para ver si puedes quedarte con ella mientras yo voy a Bilchester sola. ¿Qué te parece?

—¡Bien! —exclamó.

Rachel no puso ningún impedimento, así que Lisi dejó al niño con su amiga y se marchó a la cercana localidad. Bilchester era mucho más tranquila de lo normal, pero supuso que se debía a la lluvia, que ahora caía con mucha fuerza.

Compró un vestido para ella y los zapatos para el pequeño y caminó hacia el coche. Llevaba un paraguas, pero llovía tanto que cuando entró en el vehículo estaba empapada.

El camino de vuelta a casa fue muy lento porque no podía acelerar más con semejante climatología. Miró varias veces su reloj, y ya estaba poniéndose nerviosa con la hora cuando perdió el control del coche y consiguió detenerlo a duras penas en el arcén. Tal y como había sospechado, cuando se asomó al exterior vio que había pinchado una rueda.

Miro hacia ambos lados de la carretera, esperando que pasara alguien, pero el lugar estaba desierto y se encontraba a kilómetros de la localidad más cercana. No llevaba teléfono móvil, así que hizo lo único que podía hacer: tomar lo que había comprado, abrir el paraguas y comenzar a caminar. Cuando por fin encontró una cabina estaba congelada y empapada de los pies a la cabeza.

Introdujo una moneda en el aparato, pero el teléfono sonó y sonó y entonces recordó que no había conectado el contestador automático al salir de casa, de modo que colgó, resignada.

Siguió caminando y aunque pasaron dos coches ante ella, ninguno se detuvo a recogerla. Ya estaba cerca de Langley y se dijo que a esas alturas ya no importaba caminar un poco más. Por fin, a

las dos en punto dejó atrás la laguna de los patos y ascendió por el camino que llevaba a la mansión.

Estaba intentando introducir la llave en la cerradura con sus manos heladas cuando Philip abrió.

—¿Se puede saber dónde has estado? —preguntó, visiblemente enfadado.

—Esperaba encontrar un recibimiento más cálido —dijo, muerta de frío.

—¡Estaba terriblemente preocupado! Dejaste una nota en la que decías que te marchabas con Tim y pensé que... ¡Pensé que os había ocurrido algo!

Lisi entró en la casa y automáticamente comprendió su preocupación.

—¿Por qué tienes que ser tan obstinada? ¿Por qué te empeñas en no llevar un teléfono móvil?

—Porque no lo necesito. Porque nunca lo había necesitado y porque no voy a empezar a usarlo ahora solo porque vivo con un rico —espetó—. Además, ¿por qué no me has preguntado todavía dónde está Tim si estás tan preocupado por él?

—Sé dónde está. Está en la guardería. Rachel llamó para saber por qué no habías pasado a recogerlo y lo llevé yo mismo. ¿Por qué no has llamado por teléfono?

—He llamado, hace un rato, y nadie contestó.

—Claro, seguramente llamaste cuando llevé a Tim. ¿Pero por qué no conectaste el contestador esta mañana?

—¿Y por qué no lo hiciste tú? Además, no sé por qué te preocupas. Tim está bien y eso es lo único que importa.

—¿Lo único que importa? —preguntó con incredulidad.

—¡Sí! —exclamó.

—Anda, quítate ese abrigo, estás empapada.

Ella intentó quitárselo, pero tenía los dedos tan helados que Philip tuvo que ayudarla.

—Ve a cambiarte de ropa y siéntate en mi estudio. He encendido la chimenea.

—¡Deja de darme órdenes!

—¡Y tú deja de comportarte como una adolescente!

—¿Ah, sí? ¿Y qué piensas hacer si no obedezco?

—No pongas a prueba mi paciencia, Lisi... Ya he tenido

bastantes disgustos esta mañana.

Lisi se tranquilizó al pensar que era lógico que Philip estuviera preocupado. De haberse encontrado en la misma situación, ella habría reaccionado del mismo modo.

Se cambió de ropa y se puso unos vaqueros y un jersey. Después, se secó el pelo y se enrolló una toalla en la cabeza. Cuando entró en el estudio de su amante descubrió que no solo había encendido la chimenea sino que también le había preparado un té y sopa.

—Come un poco —ordenó él.

Cuando terminó con la sopa y con el té y sus mejillas recobraron el color habitual, Philip se sentó a su lado, junto al fuego.

—¿De verdad has creído que solo estaba preocupado por Tim? ¿No se te ha ocurrido pensar que también lo estaba por ti?

—No, confieso que no.

—Lisi, ¿qué crees que estamos haciendo aquí, viviendo juntos? —preguntó con incredulidad—. ¿Por qué crees que te pedí que vivieras conmigo?

—Porque así podías ver a Tim cuando quisieras y hacer el amor cuando te viniera en gana.

—¿Sinceramente crees eso?

—¿Qué otra cosa puedo pensar? Nunca me has dicho nada salvo que soy una gran madre y una gran amante. Ah, sí, y una gran cocinera.

—¿Y no te parece suficiente?

—Obviamente es suficiente para ti.

—Te equivocas. Lo que realmente quiero es otra cosa. Quiero tu amor, Lisi.

—¿Por qué?

Philip negó con la cabeza, impaciente. No podía creer que no lo supiera.

—Porque ya no puedo esconder lo que siento por ti. Te amo, Lisi. ¿Ni siquiera lo sospechabas?

Lisi tardó unos segundos en reaccionar. Llevaba tanto tiempo esperando aquel momento que le parecía un sueño, algo irreal.

—No tienes que mentir para que me sienta mejor.

—No estoy mintiendo. Te amo, pero no solo porque seas una gran madre, una gran amante y una gran cocinera, sino porque me haces reír, me vuelves loco y porque no puedo imaginar el mundo

sin ti. Pero hay algo que falla en esta ecuación: no sé lo que sientes por mí.

—Deberías saberlo —dijo, con hilo de voz.

—¿Por qué debería? Nunca me has dicho lo que sientes, Lisi. Nunca has dicho nada salvo que soy un buen amante.

—¿Y tú? Mira quién fue a hablar. Eres un maestro ocultando tus sentimientos. Si me amas, ¿por qué no me lo habías dicho antes? ¿Por qué no me dijiste que querías que viviera contigo por amor, no por ser una combinación de madre y amante?

—¿Es eso lo que pensaste?

—Sí.

Philip suspiró.

—No te lo dije porque no sabía cuánto te amaba hasta que empezaste a formar parte de mi vida —admitió—. Fue algo lento, como la llegada del primer día soleado después del invierno. Además, tenía miedo.

—¿Miedo? Oh, no, eso no puedo creerlo. No creo que tengas miedo de nada.

—Lisi, no sabía qué hacer. Era como si hubieras levantado un muro entre nosotros. A veces parecía más pequeño, pero no podía saber si sabías que te amaba, ni podía saber si tú me amabas a mí.

La joven pensó que había llegado el momento de ser tan sincera como él, así que dijo:

—Yo también estaba asustada. Pero mi miedo era distinto. Temía que si te confesaba mi amor te alejaras de mí. Se suponía que el amor no formaba parte de nuestro trato.

Philip sonrió.

—Ven aquí —dijo.

Lisi no necesitó que se lo pidiera dos veces. Se acercó a él, se sentó sobre sus piernas, lo abrazó con fuerza y apoyó la cabeza en su hombro. Entonces, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No llores, Lisi, no hay razón para llorar. Ya no.

Philip no dijo nada más. Se limitó a abrazarla a su vez, hasta que su amante se tranquilizó un poco.

—¿Estás mejor?

—Mmm..

—¿Necesitas un pañuelo?

—No, gracias, ya me he secado con tu jersey —rio.

—En cierta ocasión me preguntaste si aquella primera vez solo sentía deseo por ti y te contesté que no lo sabía. Pues bien, me temo que no dije toda la verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Hablé con Khalim y cuando le conté lo sucedido me dijo que tal vez había más entre nosotros de lo que yo había imaginado. Yo dije que exageraba y que era un romántico, pero él alegó que no, que solo era realista. Dijo que soy muy duro conmigo mismo y que mi inconsciente me estaba intentando decir lo importante que eras para mí. Cuánta razón tenía mi amigo...

—Oh, Philip...

—Ah, hay una cosa más —dijo, mientras la besaba de nuevo—. Quiero casarme contigo, tan pronto como sea posible. Si tú quieres, claro.

—Por supuesto que quiero —dijo, besándolo a su vez—. Pero quiero que vayamos poco a poco. Tal vez sea mejor que tus padres se acostumbren a tener un nieto antes de anunciarles que vamos a casarnos.

—¿Estás nerviosa ante la perspectiva de conocerlos?

—Un poco —respondió, mientras se apretaba contra él—. Hemos cometido muchos errores, Philip. ¿No te parece?

—Ciertamente, la nuestra no es una relación muy normal. Pero ahora solo me importa una cosa, llevarte a la cama.

Lisi sintió su tensión, pero tenía que decirle una cosa más.

—No debes olvidar a Carla —murmuró—. No quiero que la olvides. Supera la culpa y recuerda solo los buenos tiempos... eso es lo que ella querría, estoy segura.

—Es una de las cosas más bellas que me has dicho nunca, Lisi —declaró, estremecido—. Pero te recuerdo que tenemos que recoger a Tim dentro de una hora.

—¿Y qué?

Philip le acarició los labios con un dedo.

—¿Se te ocurre alguna forma de pasar ese tiempo?

—No sé, tal vez una o dos —respondió, excitada.

—A mí también, así que podemos subir al piso de arriba...

—¿Me llevarás en brazos?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De que seamos capaces de esperar hasta llegar al dormitorio.

Epílogo

Alguien comenzó a golpear una copa con una cucharilla y todos los invitados interrumpieron sus conversaciones.

Había sido la boda más hermosa que nadie pudiera soñar. Lisi miró a su flamante esposo y suspiró, feliz. Deseaba que aquel día no acabara nunca, pero la promesa erótica de la noche que la esperaba resultaba un aliciente bastante poderoso.

Philip la miró, como si supiera lo que estaba pensando, y susurró:

—Te amo.

En aquel momento oyeron la voz del padre de Philip, que se acababa de levantar de la mesa.

—¿Puedo decir unas palabras? —preguntó a la concurrencia.

Lisi pensó que Charles Caprice era maravilloso. Alto y distinguido, de pelo canoso, mostraba claramente cómo sería su hijo cuando llegara a su edad.

En cuanto a su madre, se había comportado muy bien con ella, como si fuera la hija que nunca había tenido, y tanto la mujer como su esposo estaban encantados con Tim. De hecho, el pequeño se iba a quedar con ellos mientras viajaban de luna de miel a Maraban.

Lisi miró a su alrededor. En Langley nunca se había celebrado una boda como aquella, pero no era sorprendente. La pequeña localidad no se veía sorprendida todos los días por la repentina aparición de la familia real de Mariban y por su séquito.

Khalim había sido el padrino de la boda, mientras Rose cuidaba con gran orgullo del pequeño príncipe Aziz.

—No sé por qué ha traído Rose una niñera si no se desprende de nuestro hijo —comentó Khalim a Philip, con ironía— Cuida de él como una tigresa de sus cachorros.

—¿Te gustaría que fuera de otro modo?

—¡En absoluto!

Philip acarició la cabecita del pequeño príncipe y se lamentó por no haber podido disfrutar de los primeros años de su hijo. Sin

embargo, poco tiempo antes le había comentado que quería tener la ocasión.

—Podemos tener más hijos —había dicho él.

—¿Cuándo? —preguntó ella, insegura.

—Cuando tú quieras. Creo que a Tim le gustaría tener un hermanito o una hermanita, ¿no te parece?

Ella asintió y los dos se sintieron embargados por una profunda emoción.

En aquel momento, el padre de Philip carraspeó y empezó a hablar.

—Sé que no es habitual que el padre del novio dé un discurso, pero Lisi es una hija para mi esposa y para mí, además de ser la esposa de mi hijo. En fin, eso es todo lo que quería decir —afirmó, emocionado—. Y ahora, me gustaría que alzáramos nuestras copas en un brindis. Por la preciosa y dulce Lisi, que ha devuelto la sonrisa a mi hijo. Solo por eso, siempre le estaré agradecido.

Todos los invitados brindaron con sus copas de champán y miraron hacia la mesa de los recién casados, pero Lisi bajó la mirada para que no notaran que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—¡Por Lisi! —exclamaron todos al unísono.

Philip la tomó de la mano por debajo de la mesa y dijo:

—Mírame.

Ella alzó la mirada y vio que los ojos de su esposo también brillaban. Entonces supo que tenían todo el futuro por delante y que por fin habían superado el pasado. Y en cierto modo, Philip se había despedido de Carla.

—Llorar en las bodas es normal, cariño —dijo él, mientras ella apretaba su mano con fuerza.

Lisi sonrió.

—¡Pero se me va a correr el rímel!

Philip rio. Aquella mujer era todo lo que podía desear. Era su amante y su alma gemela. Era la mujer que había devuelto la luz a su vida.

Entonces dijo, simplemente:

—Te amo, Lisi.